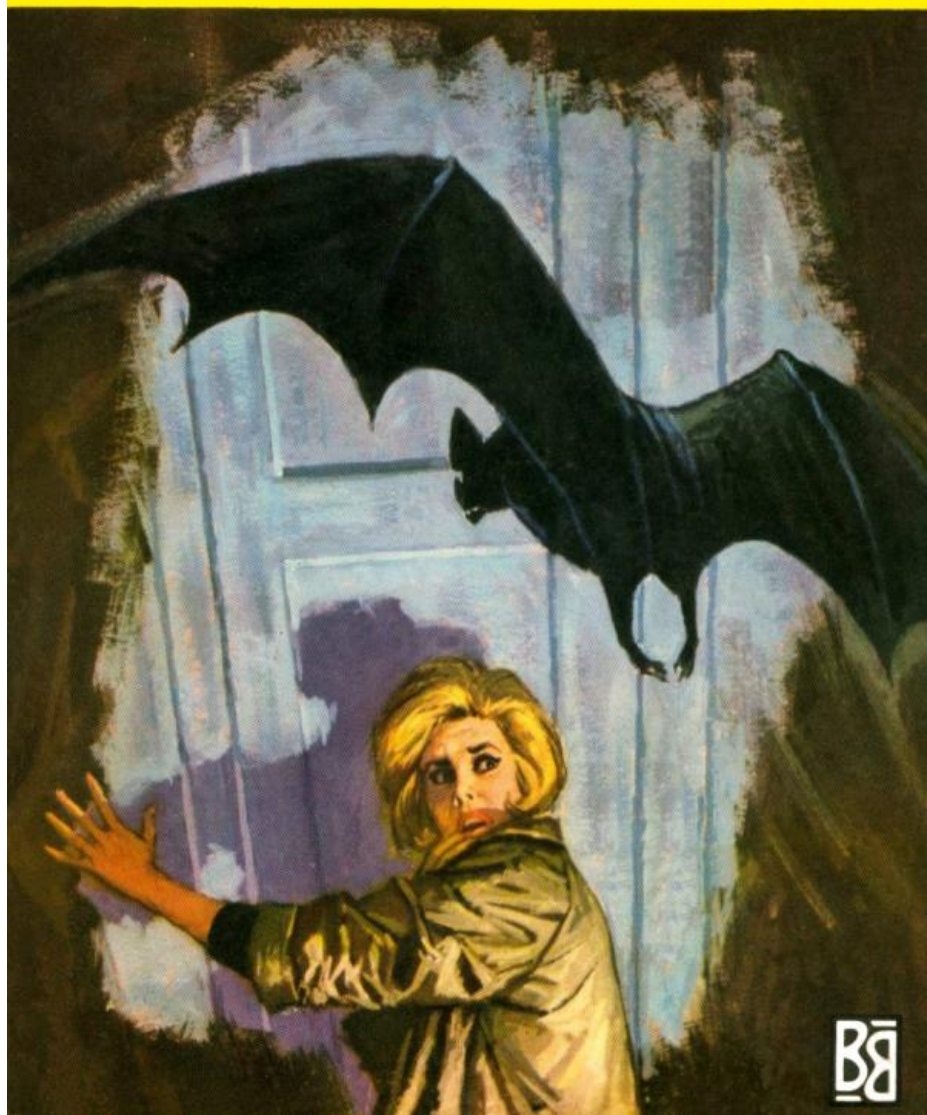


PUNTO
ROJO

el cementerio de Brooklin

silver kane



B&B

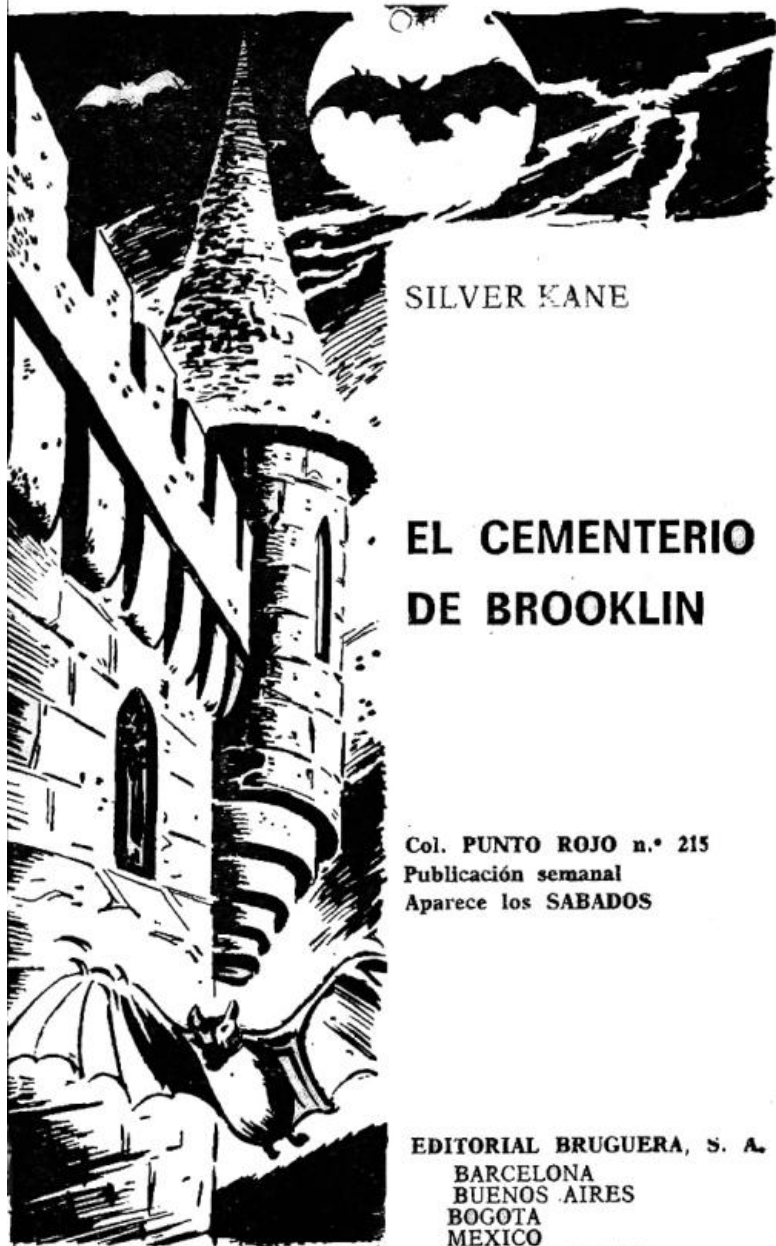
EL CEMENTERIO DE BROOKLIN

MARTA GRACIAN



CLIFF





SILVER KANE

EL CEMENTERIO DE BROOKLIN

Col. PUNTO ROJO n.º 215

Publicación semanal

Aparece los SABADOS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTA
MEXICO
RIO DE JANEIRO



Deposito Legal B 14458 - 1966
Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: junio 1966

© SIL VER KANE - 1966
sobre el texto literario

© ANTONIO BERNAL -1966
sobre la cubierta

© COSTA Y CARRILLO - 1966
sobre las ilustraciones interiores

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2.
Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1966

N. R. 2418/66

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la Imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

934 — La lejana voz del «Colt»

En Colección SERVICIO SECRETO:

824 — El hombre de Little Rock

En Colección TEXAS:

451 — La viuda de Satanás

En Colección KANSAS:

391 — Indigestión de cuerda

En Colección BÚFALO:

624 — Los ojos del buitre

En Colección ASES DEL OESTE:

338 — Llegó para matar

En Colección PUNTO ROJO:

189 — El templo de los antepasados

En Colección METRALLA:

49 — ¡Os ordeno morir!

En Colección SELECCIONES SERVICIO SECRETO:

192 — Siete horas de vida

En Colección BRAVO OESTE:

220 — El jinete de Nebraska

En Colección ARCHIVO SECRETO:

84 — Las zarpas de la noche

En Colección COLORADO:

409 — Los caballistas

En Colección CALIFORNIA:

459 — Vendo mi cadáver

CAPÍTULO PRIMERO

La casa estaba en lo más tranquilo de Brooklin, cerca del cementerio.

No, no se ría usted. En una ciudad como Nueva York, siempre ajetreada durante, el día —aunque sea apacible por las noches—, siempre cargada de bocinazos, de gentes presurosas y de bancos que abren y cierran, vomitando empleados a la calle, la tranquilidad también se paga.

Nada tan apacible como aquel sector, donde la idea del Gran Reposo parecía flotar sobre los árboles, sobre las lápidas y aun sobre la misma luz.

Además, no crea usted que los cementerios de Nueva York sean tan deprimentes como los europeos, o tan miserables y angustiosos como los del Medio Oriente. Son verdaderos jardines salpicados por las manchas grises de las lápidas. De trecho en trecho un árbol de hojas lánguidas presta una nota de poesía y de vida a esa región del eterno olvido. Contemprarlos produce una sensación de paz.

Claro que esos cementerios están bordeados por carreteras donde los automóviles rugen y las personas se apresuran, demostrando que la vida sigue. Pero aun así constituyen una zona tranquila.

Greta miró todo aquello, mientras recordaba sus sueños de solo tres años atrás.

Ella había querido tener un apartamento de tres habitaciones con vistas sobre Central Park, pero los apartamentos de esa zona están reservados para los multimillonarios, para sus esposas, y de vez en cuando, para sus amigas.

Ella no llegaba a tanto. Sabía que ni aun haciendo muchos sacrificios, podría llegar a pagar el alquiler fabuloso que le exigían.

Pero Lionel y ella tampoco eran pobres. Podían encontrar algo que les agradase.

Recorrieron Manhattan de arriba abajo y de izquierda a derecha, pero Manhattan es una especie de isla maravillosa y diabólica donde ya no queda sitio para nada. Si usted quiere vivir en la parte este —desde la Primera a la Séptima Avenida, o hasta el mismo Broadway—, tendrá que pagar alquileres altos. Si accede a vivir de la Séptima a la Doce, tendrá que soportar habitaciones más bien sórdidas, y en una ciudad tan cruel como Nueva York nadie le dará categoría social mientras viva en esa zona. Es decir, tendrá usted que cambiar si es ambicioso.

Tal era, en parte, el problema de Greta y Lionel.

Decidieron vivir fuera de Manhattan y empezaron a buscar por Brooklin. Además, bien es sabido que poca gente vive en Manhattan. Las personas van allí a trabajar y a hincar el diente a un dólar, si es que pueden. Por las noches atraviesan los puentes o los túneles bajo el Hudson

y se largan a Brooklyn o a Bronx a leer el periódico y a regañar con su mujer, recuperando así energías para el próximo día.

Greta y Lionel eligieron aquel sitio.

—Es triste por el cementerio —había dicho ella.

—Puede que tengas razón, pero también es mucho más tranquilo,

—He de reconocer, de todos modos, que ese cementerio es hermoso.

Produce una impresión sedante.

—Y además hay otra razón, una razón definitiva —había dicho Lionel

—. No encontráremos en todo Nueva York una casa como esta.

Efectivamente, era un palacio. Sí, un viejo palacio al estilo europeo, un edificio mandado construir por un diplomático que siempre había vivido en París y en Viena, y que quiso pasar allí sus últimos años, en un ambiente selecto y elegido por él mismo.

Tenía dos pisos, habitaciones grandes en número de ocho, otras dos más pequeñas para el servicio, y espaciosos sótanos.

Era una oportunidad.

Lionel y Margaret la alquilaron por un precio módico. Es decir, la alquiló Lionel. Pero era lo mismo, porque al fin y al cabo iban a casarse dentro de seis meses.

Solo que no se casaron.

Habían pasado seis meses, un año, dos. Y ahora Greta había vuelto a la casa donde esperó ser feliz.

La casa donde, dentro de muy poco, Lionel viviría con la otra mujer, con la que iba a ser su esposa.

* * *

Greta miró la casa.

Estaba muy bien restaurada. Era más hermosa que nunca. Lionel se había gastado dinero, y ahora el edificio llamaba la atención entre todos los de la zona.

Greta oprimió el timbre de la puerta.

Era una mujer de unos veintisiete años, edad que en Norteamérica todavía se considera muy juvenil, a causa de la vida sana y de los abundantes cuidados que las mujeres pueden dedicarse a sí mismas. Tenía la cintura estrecha, las caderas finas y unas piernas largas y elásticas que los hombres habían admirado siempre. Sus cabellos eran rubios y sus facciones suaves y correctas. Pero quizá el principal atractivo de su rostro estuviera en los ojos, unos ojos quietos, profundos, y que muchas personas consideraban enigmáticos.

La puerta se abrió.

Greta sabía ya que la prometida de Lionel vivía allí, mientras esperaba la fecha de la boda. Sabía que no tenía servicio —ese es un lujo demasiado caro en Nueva York—, por lo que no le cupo duda de que la mujer que le

había abierto era ella misma.

Le extrañó que fuese sudamericana.

Eso se notaba en sus cabellos negros, en sus facciones de pómulos más bien un poco acusados y los ojos rasgados ligerísimamente. Era muy joven, porque debía tener apenas unos veinte años. Resultaba una auténtica belleza, y Greta hubo de reconocerlo.

No le hizo gracia, pero era la verdad.

Susurró:

—¿Es usted Marta?

—Marta Gracián, para servirle.

—Yo soy Greta Sullivan.

Hubo un parpadeo, un parpadeo levísimo en los ojos de Marta.

—La había oído nombrar.

—¿Le ha sorprendido mi visita, ¿verdad?

—Por favor, pase.

Greta entró. El vestíbulo era grande y estaba bien amueblado. En toda la casa había algo de señorial, digno. Normalmente las casas de Nueva York, excepto las muy ricas, no tienen ese sello.

Marta le precedió.

La condujo a una sala coquetona, muy bien amueblada, donde normalmente, por las grandes ventanas, debían entrar raudales de luz.

Claro que, en estos momentos, a la hora del crepúsculo, esa luz era más bien triste, dando a las paredes y a los muebles un cierto tono nostálgico.

Marta la invitó a sentarse.

—No ha contestado a mi pregunta —dijo Greta—. ¿Le ha sorprendido mi visita?

—No.

—Yo creo que...

—Lionel me había hablado mucho de usted.

—Mal, supongo.

—¿Por qué?

—Ya sabrá que reñimos.

—Los novios riñen por mil causas, a veces fútiles, y no siempre es la mujer la que tiene la culpa.

—Veo que trata de comprenderme.

Marta se levantó. Poseía unos movimientos gráciles, llenos de agilidad y de limpieza, como los de una gacela joven. Vestía con gusto. Greta, que sabía apreciar la distinción allí donde estuviese, captó todos estos detalles con una sola ojeada.

Aceptó el whisky que ella le había preparado tras una leve interrogación.

—Créame que sentí lo de ustedes —dijo Marta—. Una mujer siempre prefiere que su felicidad sea limpia, sin que detrás exista la sombra de otra.

—No sé qué le habrá contado Lionel.

—Él fue muy comprensivo con usted. Dijo, sencillamente, que no se habían entendido en los últimos meses. Casi se atribuyó enteramente la culpa de lo sucedido.

Greta bebió un largo sorbo de whisky.

—¿Se siente usted a gusto aquí?

—Mucho. La casa es hermosa. Lo único que me deprime un poco es que desde algunas ventanas se vea el cementerio.

—Peor es tener al lado una sala de baile donde la gente se emborracha y grita.

—Sí, claro.

De pronto Marta alzó la cabeza. Sus ojos eran limpios y tranquilos, demasiado tranquilos. Parecían mirar desde mucha distancia y parecían también cargados de experiencia, a pesar de su juventud.

—Para usted esto debe ser un sufrimiento —dijo.

—No. ¿Por qué?

—Usted iba a vivir en esta casa.

—Santo Dios, no piense en eso.

—¿Por qué ha venido, Greta?,

—Si quiere que sea sincera, le aseguro que no lo sé. Sería incapaz de decirlo exactamente. Ha sido más bien como una inspiración, como un deseo repentino e inexplicable. Solo estoy de paso en Nueva York, donde permaneceré una semana o diez días. Entonces me dije que sería curioso ver la casa donde pensé haber sido feliz. ¿Y para qué voy a engañarla? También sentía curiosidad por saber cómo sería la mujer que iba a casarse con Lionel. Sé que él es muy exigente.

Marta sonrió con suavidad.

—¿Y qué le parezco?

—Muy bonita. Y muy distinguida, que es lo difícil. Además, tiene usted un aire especial. ¿Dónde nació?

—En Méjico.

—Maravilloso país. Me gustaría conocerlo. ¿Y va a ser muy pronto la boda? ¿Para cuándo?

—Hemos tenido que aplazarla un par de meses.

—¿Por qué?

Marta dijo con suavidad:

—Porque Lionel mató a un hombre.

* * *

Perkins, jefe de la zona de la Brigada de Tráfico, consultó los expedientes que tenía sobre la mesa.

Cada día el número de aquellos expedientes aumentaba, cada vez había más gente a la que se le ocurría morir o quedar hecha cisco, aunque con

vida, sobre el asfalto de Nueva York.

Claro, era lógico. El número de coches y el de peatones aumentaba, y las calles eran las mismas.

Abrió uno de los expedientes y lo releyó a la luz de la pantalla.

El nombre del expedientado resaltaba en grandes letras rojas:

LIONEL VIKING

Su ayudante, el sargento Turner, se aproximó a él.

—Estos son para archivar —dijo.

—¿También este?

—¿El de ese tipo que tiene un apellido tan curioso? ¿El de Lionel Viking? Sí, también.

—Aquí veo que atropelló a un hombre en la Avenida Doce, junto al Hudson, y le causó la muerte.

—Sí, pero el juez ya ha examinado el asunto. Si lee usted más adelante, encontrará todos los informes. La zona era muy oscura, y el transeúnte iba borracho perdido. No hay razón para no creer lo que dijo ese tal Lionel, aunque no haya testigos.

—Claro... Encuentras un borracho delante del morro de tu automóvil y ya no sabes qué hacer. De diez veces siete, el tío se te meterá debajo de las ruedas aunque tú frenes. Debíó ser eso lo que le ocurrió al tal Viking. ¿Tenía antecedentes?

—No.

—Bueno, pues archívalo.

—El juez le dará muy pronto la libertad definitiva —dijo el sargento—. Ahora está suelto bajo fianza. Vino por aquí el otro día a preguntar, y el fulano estaba muy triste. Hasta que le den la libertad definitiva no se atreve a casarse...

Perkins gruñó:

—¿Y para perder la libertad quiere la libertad? ¡Vaya imbécil!

Luego encendió su pipa.

Perkins siempre hablaba mal del matrimonio, pero tenía mujer y tres hijos.

De todos modos, siempre que veía a una jovencita procuraba disimularlo muy bien.

* * *

—...Y así fue —terminó de explicar Marta—. Fue un suceso terrible para todos, especialmente para Lionel, que nunca se había visto envuelto en cuestiones semejantes. Todos aquellos papeleos y todos aquellos interrogatorios le abrumaban, le dejaban deshecho.

—Lo comprendo muy bien. Lionel siempre fue hombre muy sensible,

una especie de hombre de invernadero, acostumbrado a vivir dentro de su propio mundo.

—Veo que lo conocía bien.

Greta sonrió.

—¿Cómo no?

Durante un instante se produjo una cierta turbación entre las dos mujeres, como si ambas pensasen lo mismo: que sus dos historias eran iguales, paralelas, pero que cada una de ellas desconocía los detalles íntimos de la historia de la otra.

—Y seguramente hubieran dado bastante por conocerlos.

Sin embargo, la voz de Greta fue perfectamente natural cuando preguntó:

—¿No puedo ver el resto de la casa, querida?

—Oh, claro que sí...

Marta la acompañó. Se dio cuenta de que los futuros esposos habían organizado su vida en la planta baja. Allí estaba todo muy bien amueblado y dispuesto para el uso. Las habitaciones de la parte alta, en cambio, estaban vacías y tenían un cierto aire hostil.

—¿No las han amueblado? —preguntó Greta.

—Lionel gastó mucho dinero en arreglar toda la estructura de la casa —dijo Marta con sencillez. Hablaba un inglés un poco defectuoso, pero dulce—. Nos dimos cuenta de pronto de que casi nos habíamos quedado sin un dólar. Entonces decidimos no exagerar las cosas y dejar estas habitaciones para más adelante. No nos son necesarias, mientras no tengamos hijos.

El tema de los futuros hijos, es decir, de la unión íntima entre aquella mujer y el hombre que debió haber sido suyo, no pareció impresionar demasiado a Greta.

En cambio, el tema del dinero, que Marta acababa de rozar, le hizo alzar la cabeza.

—¿Cómo van los negocios de Lionel? —preguntó.

—Bien. Ya sabe que él tiene una agencia literaria. Pone en contacto a autores y editores y percibe una comisión. Pero ese trabajo le resultaba un poco penoso. Los autores son gente extraña, y los editores son águilas que no dejan escapar un dólar. Por eso, últimamente, se dedica a marchante de cuadros. Adquiere pinturas a artistas jóvenes y organiza sus exposiciones y su lanzamiento comercial. Tiene buena vista para eso, y doblará el dinero invertido. Pero de momento ha pasado por algunas dificultades, porque son negocios caros.

—Comprendo.

—De todos modos, no creo que el dinero sea nunca un grave problema para nosotros.

—Desde luego. Además —dijo Greta—, Lionel tiene una familia muy rica.

—Por el momento no la conozco. No me la ha presentado, pero lo hará muy pronto.

Greta sonrió otra vez.

—¿Y los sótanos? ¿Qué se ha hecho de los sótanos de la casa, querida?

—Están limpios y cerrados.

—¿Puedo verlos?

—Oh, claro...

Descendieron.

El silencio acompañaba cada uno de sus movimientos, en aquella extraña casa. No parecía que estuviesen en Nueva York. Greta recordaba que a ella le había gustado precisamente eso, la sensación de soledad y de aislamiento que el edificio daba.

—Le parecerá curioso que quiera ver los sótanos —explicó mientras descendían—, pero es que Lionel y yo habíamos pensado utilizarlos. Yo quería instalar allí mi laboratorio.

—Tiene razón —dijo Marta—. No había recordado que usted es médico.

—¿Lionel le habló de eso?

—Me dijo que era usted un destacado doctor. Y que le había atendido a él mismo.

—Es cierto. Fue así como nos conocimos.

—Lo que no me ha explicado es qué enfermedad padeció.

—Oh, no tuvo importancia —dijo Greta.

Llegaban ya a los sótanos. Una estrecha escalera llevaba desde el vestíbulo hasta ellos. Al final de esas escaleras se encontraba una puerta de hierro, artísticamente forjada, que tenía la llave puesta.

Marta la hizo girar.

Los sótanos no recibían ninguna luz natural, aunque sí tenían un sistema de aire acondicionado. Marta dio vuelta a un conmutador, y varias luces de neón se encendieron a la vez, tras los inevitables parpadeos.

Los sótanos, grandes y limpios, ocupaban toda la superficie de la casa.

—Esto hubiera sido un magnífico laboratorio —reconoció Marta—. Tuvo usted sentido práctico.

Greta paseó por el lugar, mirándolo todo atentamente. El eco de sus pasos resonaba bajo el grueso techo en forma de bóveda.

Al fondo, en el lado opuesto al de la entrada, había otra puerta, esta más pequeña.

Era una puerta de madera gruesa, extraordinariamente sólida, y se adivinaba por la herrumbre de sus goznes que no había sido abierta en muchos años. No se veía tampoco llave en la cerradura.

Greta susurró:

—¿Y esta puerta? No puedo recordarla...

—Pues estaba ahí cuando ustedes alquilaron la casa. Y es curioso que

no le llamase la atención.

—Sí, ahora creo acordarme...

—No se abre nunca —explicó Marta—, ni creo que pueda abrirse. La llave se perdió hace muchos años. Nadie sabe dónde está ya.

—¿Y por qué no se abre?

—¿Es posible que no lo recuerde?

—Yo había pensado instalar mi laboratorio aquí, pero era Lionel el que se ocupaba de todos los detalles.

—Pues se lo explicaré. Esa puerta no se abre porque comunica con el cementerio —dijo sencillamente Marta.

* * *

Estaban ya otra vez en el vestíbulo, y se sentían envueltas, no sabían bien por qué, en la luz violeta y mortecina que penetraba por las grandes ventanas.

Había llegado el momento de despedirse, y la verdad era que ninguna de las dos mujeres parecía saber qué decir.

Al fin Greta le tendió la mano.

—Perdone mi pequeña expansión sentimental —dijo—. De pronto he sentido la necesidad de ver esto. Confío que no me guardará rencor.

—¿Y usted a mí?

—¡Oh, cómo puede pensarlo!

—Venga cuando quiera —invitó Marta—. Si por cualquier causa no desea ver a Lionel, a mí me encontrará casi siempre. Tendré mucho gusto en recibirla.

—Gracias, y espero que el problema de Lionel se resuelva pronto y puedan casarse.

Marta abrió la puerta.

La luz violeta era como una cosa fluida, misteriosa, extraña.

Toda la ciudad parecía envuelta en niebla.

—A Lionel lo del accidente le afectó mucho —susurró Marta—. Él es un hombre muy sensible.

—Claro, lo comprendo.

—Hacer daño le produce un verdadero vértigo. ¡Y una cosa tan inesperada! Ni él mismo sabe cómo sucedió.

—Lo mejor que puede hacer es olvidarlo.

—Ya lo procurará, y es lo mismo que yo le aconsejo. Cuando uno no es responsable de las desgracias, de nada sirve recordarlas. Pero a Lionel le afectó mucho, bastante más de lo que yo imaginaba.

—Cierto —susurró Greta—. Como usted dice, es un hombre a quien le da vértigo hacer daño a nadie.

Estrechó la mano a Marta por última vez, atravesó el umbral y se perdió en la neblina color gris azul que a aquella hora flotaba sobre todas

las calles de Brooklin.

CAPÍTULO II

Era medianoche, y la calma y el silencio imperaban en aquella zona del West Side.

Era el lugar donde Manhattan termina, la orilla que bordea las aguas grises del Hudson.

Por el otro lado, por el East Side, hasta el Hudson cambiaba de nombre. Era ahí, sencillamente, el East River. Pero en la zona donde aquel coche estaba estacionado, el más miserable Nueva York situaba sus últimas fronteras.

Era un coche negro.

Sus elegantes líneas apenas resultaban visibles en la penumbra que cubría la Avenida Doce, durante yardas y yardas.

El tráfico era prácticamente nulo.

Solo de tarde en tarde pasaba por allí algún coche o alguno de los últimos autobuses, rasgando con la luz de sus faros las largas zonas de sombra. Luego se esfumaba y todo volvía a quedar envuelto en la oscuridad y el silencio.

El coche era un descapotable, un «Ford Mustang» deportivo recién sacado de fábrica, y que rimaba bien con el hombre joven y elegante que se hallaba sentado en él.

Era un hombre de unos treinta años, vestido con discreta elegancia y con ropas más bien deportivas. Sus cabellos negros estaban muy bien peinados, pero se adivinaba que debían ser rebeldes. El reloj de su muñeca, en el que frecuentemente consultaba la hora, era de los de tipo submarino.

Sobre el *tablier*, en dos letras de oro, estaban incrustadas las iniciales del dueño de aquel vehículo: «L. V.» (Lionel Viking).

Lionel sentía unos vehementes deseos de fumar, después de casi una hora estacionado allí, pero no lo hizo.

La brasita de su cigarrillo podía ser vista.

De pronto Lionel vio a alguien que cruzaba la calle. Su mirada de halcón distinguió, a pesar de la oscuridad, los relieves del hombre que se dirigía hacia el Hudson.

Sin duda estaba borracho.

Caminaba con paso firme y probablemente tenía revuelto el estómago. Pero debía ser un tipo delicado, y para no ensuciar la calle se dirigía hacia el cercano río.

Lionel lo miró.

Todo aquello le parecía divertidísimo.

No se veía a nadie más ni por un lado ni por otro de la avenida. Entonces él dio contacto y el motor arrancó con un ruido suavísimo, casi

como un roce de sedas.

Ni que decir tiene que el hombre, que se hallaba a unas cincuenta yardas de distancia, no se dio cuenta de nada. Y aunque se hubiera dado cuenta, tampoco hubiese sospechado.

¿Qué importancia tiene que un coche parado arranque de pronto?

Lionel avanzó a poca velocidad, tras meter la primera en el «Mustang». No entró la segunda. Le interesaba aquella velocidad suave, acercándose poco a poco al hombre.

Ahora venía lo mejor.

Sin aquello la cosa no tenía emoción, no valía prácticamente nada.

Era eso, la posibilidad de error, lo que convertía la aventura en algo excitante.

En el asiento, a su lado, había una cuerda con nudo corredizo, como los que en el Oeste aún emplean los vaqueros para enlazar reses durante las labores en los ranchos.

Con el pie izquierdo apoyado sobre el embrague, subiéndolo y bajándolo un poco para que el coche no se detuviese, Lionel levantó un poco todo el cuerpo, en difícil postura, e hizo girar el lazo por encima de su cabeza.

Era difícil, verdaderamente difícil.

Tendría mérito si lo lograba.

De pronto lo lanzó, y el borracho lanzó un gruñido al sentirse cazado de pronto por aquella cosa extraña y larga que repentinamente había llovido sobre él desde el cielo.

Lionel tiró.

El borracho cayó a tierra, lanzando un gruñido, sin comprender aún bien lo que sucedía.

Y de pronto notó, por el rugido del motor, que un coche venía a gran velocidad hacia él.

El miedo le hizo desencajar las mandíbulas, le dilató los ojos.

Su aullido inhumano pareció llenar la calle.

Lionel le arrolló, y luego hizo marcha atrás para pasar de nuevo por encima de su cuerpo.

Cuando bajó del coche, para retirar a toda prisa la cuerda, esta estaba manchada de sangre.

CAPÍTULO III

Perkins miró el nuevo expediente que le habían puesto encima de la mesa. Una cartulina, pegada con un sujetador, advertía en letras rojas: «Ojo. Véalo y luego haga copiar datos para su archivo, u obtenga fotocopias. Pero este asunto debe pasar a la Brigada de Homicidios».

Perkins levantó la tapa del expediente.

Había ahí unas fotos, los resultados de una autopsia y las primeras pruebas obtenidas en los análisis. Todo era rutinario, menos el aspecto del muerto, en cuyos ojos abiertos había una expresión, no solo de sorpresa — cosa normal en los atropellados—, sino también de miedo, el miedo de quien ve algo que está más allá de las fronteras de su razón.

Algo así como si uno viera que va a atropellarle un dinosaurio.

Fue eso justamente lo que pensó Perkins.

—A ese le ha atropellado una manada de elefantes en plena Avenida Doce. ¡Diablos, qué cara!

Pero si curioso era el rostro del muerto, más curioso era aún el informe técnico.

«El automóvil pasó dos veces por encima de la víctima. Las huellas de los neumáticos y las lesiones orgánicas producidas lo demuestran claramente. El conductor dio marcha atrás y produjo un nuevo atropello, para asegurarse de que la víctima moría.»

Perkins arrugó el ceño.

¡Diablos, claro que aquello tendría que pasar a la Brigada de Homicidios!

Consultó los demás datos técnicos. El coche era un «Ford Mustang», y la distribución del peso calculado indicaba que iba ocupado por una sola persona. Los neumáticos eran muy nuevos, lo cual indicaba que probablemente el coche lo era también. Además, no se apreciaba la más mínima desviación en las ruedas, de las que son tan frecuentes después de un cierto período de uso.

Era un asesinato, un asesinato vil.

El informe continuaba diciendo que se habían hallado restos de cáñamo sobre el traje de la víctima, pero ello se atribuía a que esta debió rozar antes con una cuerda.

Nadie era capaz de imaginar aquella extraña cacería nocturna en el corazón de Nueva York.

Perkins menos que nadie.

Descolgó el teléfono para hablar enseguida con la Brigada de Homicidios.

CAPÍTULO IV

Marta abrió la puerta.

No comprendía quién podía ser a aquellas horas, porque normalmente no recibía visitas, y menos después de las nueve de la noche.

El sonido insistente del timbre, resonando en la gran casa vacía, la intranquilizaba.

Suspiró con alivio al ver recortarse en el umbral la alta y deportiva silueta de Lionel.

—Tú... —suspiró—. ¿Cómo es posible?

—¿Te molesta?

—¿Por qué había de molestarme? Esta es tu casa, Lionel, y será de los dos muy pronto. Pero a estas horas...

—Son las once.

—Iba a acostarme yo.

Lionel pasó y encendió un cigarrillo con movimientos calmosos, mirándolo todo como si descubriese el vestíbulo, la casa entera, por primera vez.

Ya habían transcurrido casi veinticuatro horas de lo de la Avenida Doce. El borracho que iba al Hudson ya estaría medio hecho fosfatina en el depósito de cadáveres.

Al diablo.

—Mañana voy a traer algún cuadro —dijo Lionel con voz opaca— y quería ver la distribución de los muebles. Había algunas cosas que ya no recordaba, ¿sabes?

—Estuviste aquí hace tres días, Lionel.

Él sonrió.

—Cierto, pero no me fijo en nada cuando estás tú. Me parece muy difícil ver algo fuera de tus labios y tus ojos.

Avanzó hacia ella, lanzó el cigarrillo, la estrechó por la cintura y la besó en la boca.

Siempre que él la besaba, Marta sentía una especie de secreto miedo.

Pero correspondió a la caricia.

Iban a casarse pronto, dentro de un par de meses.

Y Lionel la había sacado de un sitio que ella recordaba con horror, le había hecho un favor que ella, Marta, no podría olvidar nunca.

CAPÍTULO V

Al día siguiente, Marta tuvo ocasión de hablar con tres personas bien distintas, todas las cuales le produjeron una profunda turbación, en especial la última. Pero vayamos por riguroso orden.

Debían ser las cinco de la tarde —una tarde neblinosa y que ya empezaba a poblarse de sombras— cuando llamaron a la puerta. Marta, como de costumbre, fue a abrir.

Un desconocido estaba en el umbral y la miraba penetrantemente.

Era un hombre alto y joven. Puesto en la contraportada de una revista para anunciar cualquier marca de cigarrillos o de whisky, hubiera podido parecer fácilmente el prototipo de hombre interesante, guapo, joven y deportivo que sabe lo que quiere. Pero a Marta no le impresionó el que fuera un hombre guapo, sino sus ojos. Lo que le impresionó más fueron aquellos ojos penetrantes, duros, que parecían leer los pensamientos.

El hombre sonrió cortésmente y mostró en la mano derecha una placa que parecía un pedazo de hielo.

—Brigada de Homicidios, señora. Soy el sargento Cliff.

—¿Brigada... de Homicidios?

—Son solo un par de preguntas, señora.

—Soy señorita solamente. Pero pase. Pase, por favor.

El sargento Cliff penetró en el vestíbulo, dirigió a todo aquello una mirada circular y lenta, como si analizase cada detalle, y no se sentó en una de las butacas hasta que Marta lo hubo hecho.

Luego la contempló a ella. Pareció admirar la línea firme y juvenil del busto, las caderas anchas y bien torneadas, las piernas largas y esbeltas, en las que se adivinaba palpitar la dureza de la carne firme.

—¿No es usted la señora Bartock?

—Lionel Bartock es solo mi prometido.

—Pues está empadronado aquí.

—La casa la tiene alquilada hace bastante tiempo, pero aún no la habita. Vamos a casarnos dentro de poco tiempo.

—Ya.

Y el extraño sargento Cliff pareció pensar que aquello, el que una chica así fuera a casarse con otro, era una verdadera lástima.

—¿Es que ha hecho algo malo? —preguntó Marta. Sin poderlo evitar le temblaba la voz.

—No, no. Es solo una comprobación rutinaria. En este momento la mitad de la Brigada de Homicidios está haciendo lo mismo que yo, y seguramente sin resultado. ¿Su prometido compró hace poco un «Ford Mustang»?

—Sí. Hemos salido a pasear con él un par de veces. Es un bonito modelo descapotable. ¿Pero qué ha ocurrido?

—Un borracho fue atropellado ayer, a medianoche, por un automóvil de esa marca, y que iba conducido por un hombre solo. Naturalmente no quiere eso decir que el autor fuese Lionel, ya que centenares de coches de esa marca ruedan por Nueva York, pero su prometido tiene antecedentes.

—Por eso mismo. Él circula ahora con un cuidado exquisito

—Cierto. La Brigada de Circulación me ha informado de que no ha cometido la menor infracción últimamente. Mi opinión personal es que resulta matemáticamente imposible que el mismo conductor atropelle a dos borrachos y más o menos por la misma zona. De todos modos, hemos de comprobar los neumáticos del coche de Lionel. ¿Sabe si lo tiene ahora en la casa?

—No... Ya le he dicho que no vive aquí.

—¿Dónde vive entonces?

—En la Quinta Avenida, pero pasado Central Park, donde ya empieza Harlem. Es la primera casa después del parque, o sea que la encontrará sin dificultad. Él tiene allí un pequeño almacén de cuadros, donde figura su nombre.

Cliff volvió a sonreír.

—De acuerdo, iré allí. No la molesto más.

—No... No es ninguna molestia.

Él se había puesto en pie. Marta le imitó.

Le acompañó hasta la puerta.

—Es una bonita casa —dijo Cliff—. Y una bonita dueña.

—En cuanto a la casa, le agradezco el cumplido. Pero hay algo que no entiendo, sargento.

—Trataré de aclarárselo.

—¿Por qué se encarga de este asunto la Brigada de Homicidios, y no la Brigada de Tráfico como la otra vez?

Cliff contestó cuando, tras un breve saludo, se dirigía ya a la calle:

—Porque esta vez no se trata de un accidente, señorita. Hemos comprobado que se trata de algo mucho más interesante. Un bonito y original asesinato...

* * *

Lionel estaba contento. Había terminado con rapidez un trabajo que él consideraba satisfactorio. Los cuatro neumáticos de su «Ford Mustang» estaban cambiados y algo rodados ya, para que no se viesen del todo nuevos. Lionel los había adquirido unos días antes del crimen, porque sabía que inmediatamente después del hallazgo del cadáver la policía vigilaría todas las ventas que se hiciesen de neumáticos nuevos y aptos para «Ford Mustang».

Los viejos habían sido enterrados aquella misma mañana a unas cuarenta millas de Nueva York, después de ser cortados en pedazos. No los encontraría nadie.

Y ahora Lionel se sentía satisfecho y notaba en su interior una sensación de libertad. Tenía la sensación de ser dueño de vidas y destinos, de ser un poco el dueño del mundo.

Encendió un cigarrillo y esperó tranquilamente a que se presentase la policía.

* * *

La segunda visita que recibió Marta fue la de una muchacha pálida, de cabellos negros y mirada muy lánguida, que pertenecía a la colonia judía de Nueva York y a la que ella recordaba vagamente.

Tenía idea de que era una empleada de Lionel, una muchacha que vivía sola y a la que él había ayudado de verdad dándole aquel empleo.

¿Qué predilección tenía Lionel por ayudar a muchachas solas y que se encontraban en un apuro? A Marta no se le había ocurrido pensar en eso hasta que se vio de cara con aquella chica. Pero se dijo que aquella era, al fin y al cabo, una prueba más del carácter bondadoso de Lionel.

La muchacha se llamaba Esther; ahora recordaba su nombre.

Esther dijo tímidamente:

—El señor Lionel me envía aquí. Dice que él no tardará mucho.

—¿Y qué tienes que hacer?

—Traerá un par de cuadros y he de ayudarle a embalarlos.

—No era necesario que te molestases a estas horas. Podía haberle ayudado yo.

Esther sonrió con su timidez habitual.

—Embalar dos cuadros para un largo viaje marítimo no es cosa fácil —explicó—. Si se estropearan, el señor Lionel se enfadaría mucho. Dice que son valiosos.

—Comprendo... Yo solo quería que no volvieras tarde a casa.

—¿Qué más da? Nadie me espera.

Marta le sonrió afablemente. Le inspiraba una mezcla de pena y simpatía aquella muchacha sola en la gran selva de Nueva York, como ella había estado solitaria en la gran selva de los pueblos perdidos del oeste de México.

—Pasa y tomarás algo. ¿Te gusta el whisky?

—Lo he probado pocas veces.

—Yo misma te prepararé uno que sea suave. Siéntate en la biblioteca y lee algo mientras tanto.

Esther entró.

Después de prepararle un whisky flojo y dejarle unas revistas, Marta le hizo compañía durante algunos minutos. Luego recordó que debía comprar

unas revistas de arte para Lionel. Él se las había encargado el día antes, pidiéndole sobre todo que no las olvidase.

Ello representaba caminar casi media milla hasta la librería más próxima, para llegar antes de que cerrasen.

Pero Marta casi agradeció aquella circunstancia. Le haría bien un poco de aire fresco.

—¿Te gusta fumar? —preguntó a Esther.

—Si los cigarrillos son suaves, sí. Me gusta mucho.

—Tengo unos que son suavisimos. «Abdullah». Yo los fumo de tarde en tarde, pero Lionel no puede ni verlos. A él le agrada el tabaco más duro y más fuerte.

—Gracias.

La muchacha encendió uno. A las primeras chupadas hizo un leve gesto de desagrado.

—¿No te gustan?

—Son demasiado perfumados. Tienen un cierto sabor a incienso.

—Pues entonces no lo fumes. Siento no tener aquí otro tabaco. Por cierto, ¿te importaría que te dejase sola unos treinta minutos?

—No, claro que no.

—Solo he de comprar unas revistas. Considérate en tu casa. Puedes leer lo que te apetezca.

—Gracias. Hasta luego.

La muchacha quedó sola, y Marta, tras cubrirse con un lujoso abrigo que le había regalado Lionel, salió a la calle.

Fue allí donde tuvo el tercer encuentro.

* * *

Marta ahogó un grito cuando aquella mano la sujetó bruscamente, con rudeza, haciéndola volverse.

Fue como el contacto de otras sucias manos que la habían tocado tiempo atrás. Como la vuelta a una rudeza que ella creyó poder olvidar para siempre. Como el nuevo contacto de las llamas de un infierno que ella creyó ya extinguido.

Aquellos ojos la hicieron estremecerse.

—Tú... —balbució.

El hombre casi la empujó hacia el bar de luces tenues cuyo anuncio guiñaba cerca de la casa de Lionel.

Marta hubiese querido chillar, hubiera querido llorar, pero ni a eso se atrevía.

Su corazón parecía haberse encogido, haberse convertido en una cosa dura que latía dolorosamente.

Sus manos temblaban.

Un frío mortal recorría sus huesos, desde los mismos pies hasta las

regiones misteriosas del cerebro.

Se sentía tan prisionera como en una isla desierta o como en una cárcel secreta de las montañas de Sierra Madre.

Él hizo una seña a la camarera y encargó dos helados con soda. Una bebida bien inofensiva para una situación que a Marta le parecía dramática.

Iba bien vestido.

Se le adivinaba próspero, seguro de sí mismo, confiado en el porvenir. Ella no era en sus manos más que un pobre animalillo sin defensa.

El hombre la miró sonriendo. No se había desprendido de su espeso bigote, y su sonrisa parecía así más ancha.

—Estás muy bonita —dijo, hablando en español—. Y muy señora.

Marta apretó los labios.

—Dime qué haces aquí.

—¡Oh, lo que hace toda la gente importante! Turismo...

—Te denunciaré a la policía.

La sonrisa se hizo más ancha, pero fue adquiriendo poco a poco un matiz burlón e insultante.

—¿Tú, cariño? Si apenas debes tener los documentos en regla... Pero, aunque los tuvieras, ¿crees que eso me importa? Nada malo he hecho aquí, y aunque lo hubiera hecho, tengo buenos amigos entre la gente que lleva placa.

—No eres más que un cerdo, un perro canalla que no puede vivir entre personas.

—No hables tan alto, muñeca. Podrían entendernos, y conmigo han venido a Nueva York dos buenos amigos que si te pones tonta, te desharán tu bonita cara...

Marta sabía que era verdad. Lo había visto hacer. Había visto a algunas muchachas convertidas en pobres guiñapos destrozados, en auténticas perras aulladoras después de pasar por las manos de los «amigos» de que le hablaba Roger. No tenía la menor duda de que dos auténticos «especialistas» habrían hecho con él el viaje a los Estados Unidos. Y tampoco cabía duda de que él cumpliría su amenaza.

—No habrás venido por mí... —dijo en un susurro.

—No, claro que no. Te creía en otro sitio, en la costa del Pacífico, por ejemplo. Ha sido casualidad verte salir de aquella casa. Veo que aquel tipo cuyo nombre no recuerdo te tiene muy bien instalada...

—Aquel tipo cuyo nombre no recuerdas se llama Lionel. Y dentro de muy poco va a casarse conmigo.

—¿Ah, sí?

La sonrisa de Roger era cada vez más insolente y burlona. Se sentía absolutamente seguro de sí mismo, y eso aumentaba la timidez, la desorientación, el espanto de Marta.

La sensación de estar otra vez prisionera se había clavado como una espina entre sus ojos.

Él bebió un largo sorbo de su helado líquido, sin dejar de mirarla, y su izquierda bajó audazmente por la parte inferior del mantel, acariciando las rodillas de Marta.

Ella no se atrevía ni a moverse. Había contenido la respiración. Aquellas manos la ensuciaban y le quemaban como fuego a través de sus medias.

—Estás mucho más bonita —silabeó él—. ¡Pero que mucho más! Y eres una auténtica señora.

—Soy lo que siempre he sido.

—Chitón, chitón... Tú no eras más que una perra hambrienta hace poco. Tus padres te vendieron.

—No eran mis padres.

—No... ¿Quién sabe? Hay algunos sitios de la montaña en que nadie puede estar seguro de nada. Hay regiones tan miserables que la gente vende a sus hijas o a las que cree que son sus hijas. Incluso los periódicos de todo el mundo publicaron hace tiempo eso, como si fuera algo espantoso.

—Lo es. Y Méjico es un gran país que avanza. Y vosotros seréis barridos como la escoria más abyecta.

Roger retiró la mano poco a poco, sabiamente, demostrando que era el dueño, que terminaba la caricia porque le daba la gana, no porque se lo impusiera nadie.

—Puede que México sea un gran país, y puede que nosotros seamos escoria. Pero hay aún regiones a las que el progreso no ha llegado, y campesinos que se mueren de hambre en las épocas de sequía. Entonces nosotros, unos comerciantes honrados, aligeramos a esas pobres gentes del peso de unas cuantas bocas. Les hacemos un favor.

—Compráis a las muchachas más bonitas de la comarca para llevarlas a la capital.

Roger sonrió de nuevo.

—Olvida lo que nosotros hacemos. Debes recordar que a ti te tratamos como una verdadera señorita.

—No eres más que un... un...

—No sigas. No sigas, preciosa, o nos enfadaremos. ¡Y es tan agradable ser buen amigo de una chica como tú! —nuevamente la mano descendió audazmente—. ¡Qué medias tan finas llevas! Me recuerdan a las primeras que te compramos en México. Pero qué vulgaridades estoy diciendo, ¿verdad? Aún recuerdo lo asustada que estabas. Tú eras una verdadera señorita, una auténtica perla en aquel pueblo perdido de la montaña. Sabías leer... ¡y hasta un poco de inglés! Todo te lo había enseñado el párroco, aquel pobre desdichado. Le hubimos de dar una buena paliza para

que se dejase marchar. No sé si el pobre tipo lo resistió, a sus setenta años... Bueno, pero a lo que iba. A otras chicas las «entrenábamos» enseguida haciéndolas pasar por las manos de mis hombres. A ti, en cambio, te respetamos... Tú eras demasiado valiosa, demasiado única para seguir la suerte de las otras. A ti se te podía ofrecer a un millonario yanqui con la convicción de que pagaría tu peso en oro. Y a ese millonario lo encontramos a los dos días de tenerte en la capital.

—Fue... Fue conmigo el hombre más bueno del mundo.

—Lo que nunca creí es que ese tal Lionel accediera a casarse contigo. Eres una buena zorra, ¿eh? Supiste engatusarle.

—Nunca se lo insinué siquiera. Fue él quien me lo pidió.

—¿Antes de comprobar por sí mismo lo estupenda que eres?

Marta se ruborizó, mitad de indignación, mitad de vergüenza.

—Él es un caballero. Y por eso me dan más asco, después de conocer los sapos como tú.

Roger retiró la mano lentamente, con suavidad, mientras le temblaban las cejas.

Era un canalla doblemente repulsivo porque no quería que se lo dijese. Porque, encima, tenía la pretensión de ser un hombre honrado.

—No hables con tanta seguridad, nena. Puede que aún te vea de rodillas delante mío.

—¡Nunca!

—Yo he tenido suerte al encontrarte, pero tú has tenido la desgracia más perra, muñeca... Estoy pensando ahora que aún no te has casado, y que hasta que te cases no tendrás tu situación legalizada en este país. ¿Me equivoco?

Marta hundió la cabeza, sin contestar. ¿Qué podía decir que él no supiera? ¿Cómo engañar a un tipo que vivía precisamente del tráfico clandestino de mujeres a través de las fronteras?

Él adivinó sus pensamientos.

—Aunque te parezca lo contrario, tu posición es muy poco segura, muñeca. En esta ciudad no tienes más que a Lionel. ¡Y Lionel es tan poca cosa!

—No... No le haréis ningún daño

Él alzó la mano, con gesto paternal.

—Claro que no, pequeña, claro que no... Aunque, de todos modos, no estaría de más que tú fueras pensando en evitarle conflictos.

—¿Qué... quieres decir?

—Nada, nena... Lo mismo que tú acabas de oír. Nada...

Ella sentía que su garganta se abrasaba.

Con gusto se hubiera puesto allí a gemir, a llorar, a arañarse su propia cara con las diez uñas, en su impotencia.

Justo lo que Roger había dicho. «Te veré de rodillas delante de mí».

—No te atreverás —susurró—. Él es un hombre rico.

—¿Quién ha pensado en hacerle el menor daño? Anda, márchate.

Toda la cabeza de Marta pareció sacudida por un trallazo.

—¿Me... me dejas marchar?

—Claro... ¿Por quién me tomas? Yo solo quería saludarte...

—Tú ya hiciste conmigo un negocio mucho mayor del que esperabas.

Júrame que me dejarás en paz. Jura que dejarás en paz a Lionel.

Él hizo un suave gesto.

—Claro que sí. Lo juro.

Marta se puso en pie. Las rodillas le temblaban. No había probado su helado aún.

Por un momento creyó que él decía la verdad, que no se atrevería a hacer nada contra un hombre tan rico y tan poderoso como Lionel, un hombre de quien no se burlaba nadie.

Pero mientras caminaba por las calles húmedas y que ya empezaban a estar silenciosas, un terrible presagio iba cobrando cuerpo en el ánimo de la muchacha.

¿Cuánto dinero valdría ella si la «vendían» en según qué lugares de Sudamérica? ¿Renunciaría Roger a una fortuna semejante?

Tenía medios para lograrlo. Como bien había dicho, ella solo contaba con Lionel, y ni siquiera la situación legal de su residencia en Estados Unidos se hallaría resuelta hasta que se casaran.

Lionel era un hombre rico, pero lo era solo a temporadas. Dependía del dinero de su poderosa familia. Él siempre había sido un joven inquieto, algo cabeza loca, pero lleno de generosidad, a quien asustaba discutir con la gente, y sobre todo con la policía. ¿Haría algo él si una noche ella desaparecía misteriosamente? ¿Se daría cuenta de lo que aquello significaba y haría perseguir a sus raptos?

Quizá no podría.

Este pensamiento atormentaba a Marta, helada materialmente su alma.

Claro que la familia de Lionel era poderosa... Él tenía una hermana y un tío que podían mover grandes influencias con solo un telefonazo. ¿Pero querrían hacerlo? ¿No se alegrarían, al contrario, de la desaparición de aquella intrusa que estaba a punto de manchar el buen nombre de su ilustre familia?

Hasta entonces no habían querido ni conocerla...

Marta se sentía acorralada, perdida, en el inmensa Nueva York.

Sabía que ahora Roger ya conocía su domicilio. Y él obraría con astucia, sin prisas. Pero no dejaría escapar su presa.

Agitada, convulsa, llena de horror, Marta compró las revistas de arte y luego regresó a la casa.

Parecía como si la persiguieran cien fantasmas, como si tras cada esquina hubiera de hallar las llamas del infierno que habían marcado toda

su vida anterior.

Al llegar a su casa, agitada, temblorosa, encontró ya allí a Lionel. Y Marta se echó en sus brazos, llorando convulsamente.

CAPÍTULO VI

Lionel susurró:

—¿Qué te pasa? ¿Es que ha sucedido algo?

Ella alzó la cabeza y le miró. Trato de verle imparcialmente, con más claridad que en cualquier otro momento de su vida.

¿Era Lionel un hombre capaz de defenderla? ¿Tendría fuerza para oponerse a los granujas de Roger, si este llegaba a atacar abiertamente?

Se dio entonces cuenta de que Lionel tenía una sonrisa enigmática.

Se dio entonces cuenta de que ella, en cierto modo, a pesar de que iba a casarse con él, no lo conocía.

—¿Qué te ha sucedido? —repitió el hombre.

Marta trató de sonreír.

No había motivos para intranquilizarle. Al fin y al cabo, resultaba muy posible que Roger no se atreviera a moverse, que no sucediese absolutamente nada.

—He tenido la sensación de que dos individuos me perseguían —dijo—. ¡Oh, Dios, he pasado muchísimo miedo!

—¿Dos individuos? ¿Y cómo se han atrevido?

—No se han atrevido a nada... Es que deben ser imaginaciones mías.

—Claro que sí, pequeña... Toda esta zona de Nueva York es altamente civilizada. Ven, te prepararé un whisky.

La referencia al whisky hizo recordar a Marta la empleada que poco antes dejara en la biblioteca.

Era un buen pretexto para normalizar la situación, para no hablar más de aquel terrible asunto.

—He dejado a Esther antes aquí —explicó—. Tenía que ayudarte a embalar unos cuadros.

—Sí, ya sé. Lo ha hecho y se ha ido.

—Caramba, ha trabajado muy rápido...

—Es experta.

—Espera, retiraré el vaso de la biblioteca para lavarlo esta noche. No me gusta dejar cosas sucias para mañana.

Él la detuvo con un ademán suave, pero lleno de una sorprendente firmeza.

—No. ¿Para qué vas a ir ahora?

—Lo hago para que tengas una casa bonita, tonto.

—Oye...

Él intentó besarla. Marta se escurrió de sus brazos porque en aquel momento no hubiera sabido corresponder a sus besos. Todo le dolía, todo era amargo para ella. Trató de reír y fue a la biblioteca, seguida por el

hombre.

Allí estaba el vaso de whisky, allí las revistas que había leído Esther, y allí estaba también el cenicero que le puso ella misma.

En un ángulo, cuidadosamente embalados, se veían dos cuadros.

Lionel dijo:

—No te molestes ahora.

—No me cuesta nada. Son solo cinco minutos, Lionel. No quiero que pienses que vas a casarte con una mujer sucia.

Fue a retirar el cenicero, y entonces vio que este se hallaba completamente vacío.

Al principio no prestó atención. Fue luego cuando se dijo que aquello no era normal, cuando una lucecita roja empezó a encenderse y apagarse en el fondo de su cerebro. Miró a Lionel.

—Aquí había los restos de un cigarrillo —dijo.

—Lo he tirado yo mismo a la chimenea. Estaba retirando esto cuando he oído en la puerta el ruido de tu llavín.

—¿Y la caja de cigarrillos?

—¿Qué caja?

—Una metálica, de «Abdullah».

Lionel sonrió, haciendo el gesto característico del que recuerda de pronto.

—Ah, sí, la caja... Se la ha llevado ella.

—¿Se la ha llevado?

—Sí. Parece que esa clase de tabaco le gustaba mucho. Me ha parecido que bien valía la pena dársela. ¿Te sabe mal?

—No... Claro que no.

La lucecita roja se encendía y se apagaba cada vez con más intensidad en el cerebro de la muchacha.

Claro que no imaginaba nada. ¿Qué podía imaginar? Solo le parecía extraño que Esther se hubiese llevado una caja de cigarrillos de una clase que precisamente no le gustaba en absoluto.

—Te compraré otros —susurró Lionel—. Ahora recuerdo que eran tuyos.

—No lo hagas; no tiene importancia.

—¿Qué te pasa, Marta?

—Nada... Me sentía muy nerviosa.

—Debes descansar.

—Lionel...

—¿Qué?

—¿Tú me defenderías si... si volviese el hombre que... que me vendió en Méjico?

—¿Por qué dices eso?

—Por nada... Es... Es una tontería.

—Aquellos tipos no pueden volver. No les permitirían la entrada en Estados Unidos.

Marta pensó que Lionel era muy optimista en aquel punto, porque prácticamente hoy día pocas barreras hay para el turismo, y Roger y sus dos esbirros podían estar en Nueva York realmente como turistas, aunque aprovecharan su viaje para una canallada más.

—Tienes razón —dijo intentando sonreír de nuevo—. No sé qué me pasa esta noche.

—Debes descansar.

—Sí... Sí, claro.

—Yo me iré enseguida —murmuró él, como si adivinara sus pensamientos.

—¿Cuándo nos casaremos, Lionel?

—Nunca tuviste prisa. ¿Qué es lo que te ha hecho cambiar?

Ella se mordió el labio inferior sin darse cuenta. No, nunca había tenido prisa porque lo que le empujaba hacia Lionel era la gratitud, no el amor. ¡Pero ahora las cosas eran tan distintas!

Sin embargo, intentó disimular.

—Era una pregunta sin importancia, Lionel. No... no me hagas demasiado caso.

—Pero yo te contestaré. Nos casaremos dentro de veinte días como máximo. Sé que el juez ya ha dado permiso para que el asunto del atropello sea archivado.

—Por cierto... Ahora recuerdo. ¿Pasó un policía a preguntarte algo acerca de tu nuevo coche? Estuvo antes aquí.

—Sí, pasó hará cosa de dos horas. Parece que hubo un atropello en la Avenida Doce, y que lo hizo un «Ford Mustang». Pero el hombre hubo de marchar con el rabo entre piernas. Yo no podía saber una palabra de todo eso.

—Sí... Claro que sí, Lionel.

Se abrazó a él, dejando que la besara y le acariciase los cabellos. Marta se sentía sola, perdida en la gran ciudad. Y por primera vez su corazón ansiaba un poco de paz, ansiaba encontrar un refugio.

CAPÍTULO VII

Debía llevar una hora dormida cuando algo la despertó. Fue un sonido que más bien debió llegar desde las profundidades de su subconsciente, desde los abismos interiores de su propio miedo. De pronto se encontró incorporada en el lecho, mirando la oscuridad, sintiendo que su corazón palpitaba alocadamente.

El ruido se repitió.

Era como el sonido furtivo de unos pasos en la planta baja. Como si alguien hubiera rozado un mueble.

Marta sintió que un sudor frío empezaba a impregnar rápidamente todo su cuerpo.

El corazón le hacía daño, de tan fuertemente que latía en su pecho.

Lo primero que pensó fue que los hombres de Roger se habían atrevido a entrar en la casa. Después de ver salir a Lionel, y después de unas discretas investigaciones en las tiendas del vecindario, se habrían convencido de que vivía sola. ¡Y quizá aquella misma noche pensaban raptarla!

Marta sintió que su propio miedo le daba valor. Tenía que luchar ahora, porque de lo contrario luego ya no podría hacerlo. Sería demasiado tarde. Sus únicas posibilidades de sobrevivir terminarían en cuanto cayese en manos de aquellos individuos.

Saltó del lecho.

Pensó en llamar por teléfono a un coche patrullero, pero se dijo que antes necesitaba saber qué ocurría. Desde la barandilla del primer piso podía ver lo sucedido en el vestíbulo, y allí había también un teléfono. Los patrulleros no tardarían en llegar ni cuatro minutos.

Silenciosamente, con los pies descalzos, salió.

No se veía nada desde la baranda. Todo estaba tranquilo y quieto. Tampoco subía nadie hacia ella por las solemnes escaleras.

¿Qué estaba sucediendo?

Por un momento Marta creyó haber soñado, pero el ruido se reprodujo entonces otra vez.

¡Se reprodujo en los sótanos!

El sudor helado que cubría el cuerpo de Marta le hizo tener como un espasmo.

¿Quién podía buscarla en el sótano? ¿Para qué?

Evidentemente, los hombres de Roger no serían tan ingenuos ni perderían tiempo. Ellos iban a lo práctico. Sabían de sobra que a aquella hora a ella la encontrarían en su dormitorio, y este no se hallaba en los sótanos, sino con toda lógica, en el piso superior.

¿Quién podía ser pues?

¿Ladrones? ¿Y qué ladrones eran los que empezaban a buscar por un sitio donde presumiblemente no iban a encontrar más que trastos viejos?

Un cúmulo de locos pensamientos asaltó entonces el cerebro de la muchacha.

Como un relámpago, como una claridad negra y siniestra, como una luz venenosa, penetró en sus pensamientos de repente.

Se dijo que Lionel debía haber matado a Esther, y ahora estaba tratando de ocultar su cadáver.

Había lanzado a la chimenea los restos del cigarrillo para no dejar ninguna huella de su paso por allí. Iba a lavar el vaso cuando ella llegó a la casa. Había guardado la caja de cigarrillos en uno de los bolsillos del cadáver para hacerla desaparecer también, para no dejar rastros. Sin saber, claro está, que Esther no gustaba de aquella clase de tabaco perfumado, y que Marta conocía esa circunstancia.

Y ahora estaba tratando de ocultar los restos de la víctima...

¿Pero por qué pensaba todo esto? ¿Qué clase de locura se había afincado en su alma?

¿Qué derecho tenía ella a imaginar de Lionel una cosa así?

¿Acaso estaba perdiendo la razón?

Pero el ruido había sonado en el sótano, de eso no cabía duda. Alguien andaba por allí.

Marta miró el teléfono, pensando si llamar a la policía, pero no se atrevió aún.

Poco a poco descendió por las solemnes escaleras.

La luz de la luna entraba por las ventanas. El silencio que ahora la rodeaba, parecía poder cortarse.

Vio que, en efecto, la puerta que llevaba a los sótanos estaba entreabierta.

Poco a poco la empujó.

El movimiento arrancó a la puerta un quejido grotesco, largo.

Marta sintió como si se le paralizase el corazón.

Ahora ya no solo el pecho le hacía daño. También los pulsos le dolían horriblemente.

Aguardó, con todos los nervios en tensión, pero ningún sonido llegó hasta ella. Quienquiera que estuviese en el sótano, o acechaba o no había oído el quejido de la puerta. Confiando en esto último, la muchacha empezó a descender.

Cada paso repercutía en su corazón como un pinchazo. Cada peldaño era para Marta un nuevo sobresalto.

Seguían imperando en torno a ella la oscuridad y el silencio.

De pronto sus manos, que palpaban las paredes, tropezaron con el conmutador de la luz.

Sus nervios se paralizaron. Todo su cuerpo pareció sufrir un brutal colapso.

¿Se atrevería? ¿Pondría al descubierto, en solo dos segundos, el secreto y el misterio que se ocultaban allá abajo?

¿No significaría eso su propia muerte? Quienquiera que estuviese allí, ¿no la atacaría al verse descubierto?

Pero de pronto se atrevió.

Sus dedos crispados hicieron funcionar el conmutador, y el parpadeo de los tubos de neón duró unos instantes.

Con los ojos desencajados, con la boca abierta, Marta vio que en el sótano no había nadie.

¡Nadie!

Pero había allí algo distinto, algo que no estaba antes.

La puerta que comunicaba con el cementerio tenía una llave, en la cerradura.

Marta estuvo a punto de lanzar un grito.

Ella sabía que aquella puerta no tenía llave. Que no se abría jamás. Se lo había confirmado a Greta poco antes.

¡Y ahora alguien la había abierto!

La muchacha se encontró descendiendo sin que su voluntad interviniese en ello. Una fuerza lejana y remota, más poderosa que su voluntad, parecía empujarla. Era como una hipnosis, y a intervalos tenía la sensación de caminar en sueños.

Llegó hasta la puerta y tiró de ella.

Cedió. ¡Estaba entornada!

Un pasillo largo, oscuro, con un espantoso olor a podredumbre y a humedad, apareció ante sus ojos.

CAPÍTULO VIII

María estuvo a punto de lanzar un grito.

Un desconocido mundo de tinieblas, de horror, se abrió de pronto ante su mirada de muchacha solitaria.

Todo pareció dar vueltas en torno suyo.

Su mano izquierda, sujetando la puerta, temblaba espasmódicamente.

Al fin hizo un esfuerzo por tranquilizarse, por normalizar su respiración, y se fue imponiendo poco a poco al desequilibrio de sus nervios. Decidió seguir hasta el fin aquella pesadilla.

No había ninguna luz en el pasillo, pero dejando abierta la puerta penetraba un poco de claridad, procedente del sótano de la casa.

Marta sabía que aquel pasillo llevaba, o decía llevar, al cementerio de Brooklin, pero no fue eso lo que le dio miedo. Ella no temía a los muertos, sino a los vivos que habían movido aquella puerta.

Las paredes del túnel estaban viscosas y brillantes.

Seguramente el pasadizo atravesaba la calle, para desembocar en el cementerio, y quizá recibía alguna vieja filtración de las alcantarillas. De aquí su mal olor.

Marta avanzó, procurando no tocar las paredes, hasta que hubo andado unas treinta yardas y la luz estuvo casi extinguida.

Entonces tocó una reja. Más allá se filtraba la luz de las estrellas. Espesos matorrales cubrían todo aquello.

Estaba en una de las pocas zonas olvidadas del cementerio de Brooklin. Y la verja cedió también.

Alguien había pasado antes por allí.

María sentía que las rodillas le temblaban. No le daba miedo estar de noche en un cementerio. Curiosamente, lo que le daba miedo era regresar y encerrarse de nuevo en la casa.

Tiritaba de frío, pero no se daba cuenta.

Avanzó unos pasos por sobre la hierba del cementerio. Más allá empezaban las lápidas. Imperaba esa calma glacial que envuelve el silencio de los muertos.

Y de pronto Marta sintió que todo daba vueltas en torno suyo, que el horror mismo penetraba hasta su sangre y sus huesos.

Porque una mano acababa de posarse en su espalda.

CAPÍTULO IX

El grito fue a salir largo, angustioso, de la garganta de la aterrorizada Marta.

El miedo, que ya estaba en lo más, hondo de su sangre, la enloqueció. Fue a correr, mientras gritaba, pero la misma mano que antes estaba en su espalda la sujetó por la cintura, y otra mano le tapó la boca.

—¿Está usted loca? ¿Quiere comprometerme aún más?

Los ojos extraviados de Marta miraron hacia el hombre que acababa de hablar.

Al principio no le reconoció. Solo le tranquilizó el hecho de que su expresión fuera más bien cordial y alentadora. Y de pronto se hizo una luz en sus recuerdos.

¡Era Cliff, el sargento Cliff, que la había visitado aquella misma tarde!

Él la soltó, al darse cuenta de que ya estaba más tranquila. Pero se dio cuenta también de que las rodillas de la muchacha estaban a punto de doblarse, de que no tenían fuerzas.

—Cálmese. No le va a ocurrir nada malo.

—¿Qué hace... aquí?

—Eso más bien debería preguntárselo yo a usted, ¿no cree?

—Por favor, lléveme a casa...

—Antes dígame cómo ha entrado.

—Le explicaré lo que quiera. Pero, por Dios, sáqueme de aquí...

Él hizo un gesto de asentimiento.

La enlazó por los hombros, en parte para sostenerla y en parte para confortarla, y la sacó del cementerio. En buena parte de su extensión los camposantos norteamericanos no tienen valla alguna, sino que son grandes extensiones de hierba verde, salpicadas de tumbas, y que se hallan junto a los caminos o las carreteras. Un momento después, y tras saltar un pequeño desnivel, se encontraban cruzando la calzada.

Ella iba en camisa de dormir y solo con un salto de cama encima, lo cual le daba, en verdad, un aspecto bien poco acostumbrado para caminar por las calles de Nueva York.

Pero a aquella hora, y en aquel sector de Brooklin, todo estaba solitario y silencioso como el cementerio que acaban de dejar atrás.

Una vez ante la puerta de la casa, Marta recordó que no llevaba ninguna llave.

Le causó horror volver otra vez al cementerio, regresando por el lugar que había empleado a la ida.

Cliff pareció adivinar sus pensamientos, porque la miró con una leve sonrisa.

—Estas cosas, si se hacen con permiso del dueño, no son delito —dijo, mientras sacaba una ganzúa de uno de sus bolsillos—. Espero que esta cerradura no sea demasiado complicada.

Lo fue un poco, pero Cliff consiguió abrirla.

Cuando se encontró de nuevo en el vestíbulo, entre los muebles que ella conocía y amaba, Marta se derrumbó sin fuerzas, sintiendo que todo daba vueltas en torno suyo. De pronto le parecía incluso milagroso haber podido llegar hasta allí.

Cliff le ofreció un cigarrillo.

—Gracias, no podría fumar ahora.

—¿Tiene licor?

—Sí, ahí... En ese mueble.

Cliff, en silencio, preparó dos vasos con una mezcla capaz de reconfortar a los que murieron en la última batalla de Sebastopol. Tendió uno de ellos a Marta.

—Beba. Se sentirá mejor.

—Sí... Es... Es muy fuerte. No quema, pero parece como si a una le pusieran sangre nueva...

—Ahora que se siente mejor explíqueme lo que ha ocurrido.

Ella desvió la mirada, intentando que Cliff no adivinase su inmensa turbación.

Estaba dispuesta a no decir nada que comprometiese a Lionel. No, nunca le comprometería.

—Fue la maldita curiosidad —dijo roncamente.

—¿Qué curiosidad?

—En los sótanos de esta casa hay una puerta que no se había abierto nunca, al menos que yo supiese. De pronto quise saber qué es lo que había tras ella.

No quiso mentir en el asunto de la puerta porque supo que, de todos modos, Cliff lo averiguaría,

—¿Sintió esa curiosidad durante la noche? —preguntó Cliff.

En su voz latía la sospecha.

—Desde luego. Era precisamente la curiosidad lo que no me dejaba dormir. Se había transformado en una obsesión.

—¿Oyó algún ruido?

—No, ninguno... Desde luego que no.

—¿Sabía que esa puerta daba a un pasadizo, y que el pasadizo llevaba al cementerio?

—Caso de saberlo, no me hubiera atrevido a pasar por él —murmuro Marta.

—¿Y la llave? ¿Cómo consiguió la llave? Supongo que la puerta a que se refiere estaría cerrada.

—La llave se encontraba en la cerradura.

—¿Desde siempre?

—Sí.

Cliff no tenía medio de comprobar aquello, y Marta lo sabía.

—¿Qué había en el pasadizo?

—Nada. Simplemente llevaba al cementerio.

Cliff asintió lentamente, mientras terminaba el contenido de su vaso.

—Conocía ese pasadizo —dijo—. Precisamente esta tarde lo he estado viendo marcado en un antiquísimo plano de la ciudad. En los planos actuales ya no figura.

—¿Dice que esta tarde lo ha estado mirando? —murmuró Marta.

—Así es. Me había llamado la atención esta casa, ¿sabe? Simple curiosidad, si usted quiere. En los viejos planos de esta zona de Brooklin, el cementerio tenía una salida a los campos, procedentes de una antigua fosa común que no fue cegada. Cuando alguien compró este terreno para edificar la casa, parece que se comprometió a tapar el pasadizo, que ya no tenía ninguna utilidad y era más bien un detalle siniestro. Por eso los nuevos planos lo dieron ya por eliminado, y se olvidó su existencia. Pero parece que el que construyó esto tenía otras ideas. En lugar de parecerle algo siniestro, el pasadizo le encantó. Y según parece, le puso una puerta para conservarlo.

—Pero por el lado del cementerio hay una verja. ¿No se había dado cuenta nadie de que el pasadizo continuaba?

—Seguro que la verja se abre desde dentro, no desde fuera —dijo calmosamente el policía—. Es decir, para los que llegaran a aquel rincón perdido del cementerio, no existía ninguna probabilidad de averiguar si el pasadizo continuaba o quedaba cegado unas yardas más allá, como se suponía. Probablemente lo que imaginaron fue eso último.

Marta se iba sintiendo más reconfortada a cada instante que transcurría, aunque las dudas, por contraste, se hacían en su interior más fuertes cada vez.

—¿Puedo preguntarle por qué estaba usted allí? —se atrevió a susurrar—. ¿Acaso vigilaba la casa?

—Desde aquel sitio la casa no se ve —contestó Cliff.

—Es cierto, pero ¿qué hacía? ¿Por qué miró en los viejos planos de la ciudad? ¿Es que sospecha de nosotros?

—Fue la misma curiosidad que usted sintió —dijo enigmáticamente Cliff—. De pronto me sentí atraído por el cementerio de Brooklin.

Era imposible saber si sus palabras eran ciertas u ocultaban alguna amenaza. Imposible decir si sus ojos afables decían la verdad. Imposible leer en su rostro que, a fuerza de ser cordial, era en realidad un rostro de piedra.

—¿Podemos ver esa puerta? —preguntó.

—Sí... Claro que sí.

—Espero que ello no le asuste.

—No... Ahora ya no.

En realidad, Marta sentía que le temblaban las rodillas, pero ahora ya no podía volver atrás.

Ahora la policía ya estaba en el centro de sus pensamientos. Ya había entrado en ellos. Nada podría ella hacer que fuera absolutamente secreto. Descendieron al sótano.

Las luces estaban encendidas, tal como ella las dejó.

Marta señaló la sólida y viejísima hoja de madera, reforzada con goznes y adornos de hierro.

—Esa es la pu... —empezó a decir.

Y de pronto sus palabras se cortaron, mientras sus ojos se dilataban de asombro y de horror. ¡Porque la puerta estaba cerrada! ¡Y porque no había en la cerradura ni rastro de la llave!

* * *

La muchacha quedó sin respiración. Sintió que el corazón le dolía como le había dolido antes, como si fuera a paralizarse en su pecho.

La derecha de Cliff apretaba su brazo.

Era una presión amenazadora, pero que en cierto modo la reconfortaba, porque así no se sentía sola.

Cliff susurró:

—¿Qué hizo con la llave, Marta?

—No... No lo comprendo.

—No pudo guardarla. No tiene usted bolsillos.

—Le juro que... ¡Dios, es para volverse loca!

En realidad, Marta conocía perfectamente lo ocurrido, o más bien podía imaginarlo. Sencillamente, Lionel había vuelto mientras ellos regresaban por la calle. Lionel tenía la llave... ¡Él había vuelto a la casa después de ocultar en el cementerio el cadáver de Esther!

Esta horrible certeza, esta amarga convicción que la quemaba como un ácido, no hizo, curiosamente, sino excitar la inteligencia de Marta. Ella se creía obligada a ayudar a Lionel. Era Lionel quien la había sacado del peor abismo del mundo, quien la defendía contra los buitres como Roger. Era su único sostén, su único apoyo.

Ahora le parecía evidente que Lionel había asesinado a Esther, aunque no comprendía por qué. Él trajo los cuadros ya embalados, para simular que le había ayudado Esther. Sabía además que, a la pobre muchacha judía, sola en la inmensa selva de Nueva York, no la reclamaría nadie.

Volvió entonces a la realidad. Cliff la miraba. La presión de sus dedos se había hecho más intensa.

—¿Qué le sucede, Marta?

—Pienso que quizá ha entrado algún ladrón por la parte del

cementerio. Seguro que la puerta está cerrada por dentro, es decir desde aquí.

—Lo comprobaremos.

En efecto, lo estaba, lo cual confirmaba la certeza de Marta de que Lionel había regresado por allí, cerrando la puerta y guardándose la llave. Pero la tesis del ladrón era también admisible, al menos para la policía. Así Lionel podía quedar fuera de las sospechas.

—En efecto, pudo haber entrado un ladrón —murmuró Cliff, interpretando sus pensamientos—. Eso podría significar que aún continúa en la casa. Le ayudaré a registrarla.

—Se... Se lo agradeceré mucho.

Por la mente de Marta pasó el terrible pensamiento de que quizá Lionel aún estaba allí, pero se dijo que lo más probable era que ya se hubiese alejado.

En silencio, cerrando las puertas a su paso, fueron registrando la casa. Como las habitaciones superiores estaban vacías, sin ofrecer escondites tras cortinas ni muebles, su tarea fue también mucho más fácil.

No había nadie.

Marta iba sintiendo frío, un frío atroz, a medida que su excitación disminuía. Le temblaban las rodillas y le castañeteaban los dientes.

—Debe acostarse —dijo Cliff dulcemente—. Creo que he abusado un poco de usted. Ya ve que no hay nadie y que no falta nada. Puede dormir tranquila.

—Se lo agradezco, pero... pero no me deje sola.

—No pienso hacerlo.

Cuando Marta se introdujo en el lecho, él mismo la cubrió. Lo hizo suave y dulcemente, como si tapara con las ropas a una niña.

—Lo hace usted muy bien —susurró Marta—. ¿Tiene hijos?

Era extraña la confianza que le infundía Cliff, la curiosa sensación de tener en él a un hermano mayor, a un amigo de toda la vida.

Cliff sonrió.

—Soy soltero.

—Pues parece como si... como si hubiera cuidado niños.

—Tengo hermanos pequeños, y procedo de una familia pobre, donde los mayores han de cuidar a los otros. Usted es también un poco como una niña. Pero duerma... Debe pensar en descansar.

Marta pensó que no podría lograrlo, pero le tranquilizaba verle a él allí, sentado junto a la cama, mientras las sombras en torno suyo se iban haciendo más y más espesas.

Marta, eternamente perseguida por los hombres, no había conocido nunca aquella dulce sensación de estar protegida, de que alguien velaba por ella. Nunca, ni junto a Lionel, había llegado a sentirla.

Al fin se fue durmiendo. Lo último que vio fue a Cliff que la miraba

fijamente, con una confortadora sonrisa en sus labios.

Marta pensó:

—No se comporta como un policía...

Y quedó dormida.

* * *

Nada ocurrió al día siguiente. Lionel no fue a verla. Solo Greta le hizo una visita otra vez, para traerle unas flores, unos bombones y unas cuantas revistas.

—Tengo la sensación de que está usted demasiado sola, querida.

Era verdad. Marta se sentía al borde de su resistencia nerviosa.

Al fin y al cabo Greta era una mujer muy comprensiva, dueña de una sorprendente madurez pese a ser tan joven, y que trataba de ayudarla.

—Me extraña que Lionel la deje tan sola —musitó—. No se da cuenta de que tiene una novia demasiado bonita.

Las dudas y las terribles sospechas hervían en el corazón de Marta. Lionel no era más que un asesino, un asesino... Pero ella nunca lo confesaría, nunca hundiría al hombre que la sacó del infierno.

—Está usted sufriendo, querida —dijo Greta—. Me parece algo desmejorada, desde la última vez que la vi. ¡Y total solo hace unos días!

—Ciertamente... No me acabo de sentir bien.

—¿Por qué no se confía a mí? No olvide que soy médico.

—Lo que me ocurre no es físico. Es puramente moral.

—Justo mi especialidad. Soy médico siquiatra —aclaró Greta.

—Le agradezco su interés, pero... No lo tome a descortesía. A veces me siento muy rara.

Greta se puso en pie.

Una suave y benévola sonrisa flotaba en sus labios.

—Como médico y como mujer comprendo que hay momentos en que una necesita estar sola —musitó—. La dejaré ahora, pero le aconsejo que sea cual sea su problema, no se deje dominar por él. Lea, pasee, vaya al cine... Nueva York es inmenso, y siempre hay un rincón donde uno encuentra el ambiente que busca, todos los problemas tienen solución menos uno, que es el de la muerte. Se lo digo por mi experiencia como médico. Yo la dejo sola, querida.

Greta tenía una voz confortadora, suave, lejana, que parecía proceder del mismo corazón del que la oía.

Debía ser una excelente siquiatra, pensó Marta. Sus dotes de convicción eran extraordinarias.

Después de quedar sola, intentó seguir su consejo y salió a dar un largo paseo.

Pero no podía arrancar de su cabeza la obsesión de Lionel.

Y cuando aquella obsesión desaparecía era sustituida inmediatamente

por otra peor. Por la que le producía el recuerdo de Roger y los dos hombres que él había traído a Nueva York consigo. Pero no ocurrió nada.

* * *

Las sombras habían caído sobre aquella zona de Nueva York.

Era la hora en que los honrados burgueses duermen para preparar la lucha y las trampas del día siguiente, la hora en que los escaparates de las tiendas van extinguendo las luces, la hora en que los bares van cerrando uno tras otro.

Era esa hora quieta e indefinible, llena de misterio y de paz, en que la ciudad cambia de aspecto. Era la hora de los poetas... y de los asesinos.

Lionel se despegó de la fachada, encendió un cigarrillo y cruzó la calzada, dirigiéndose a la parte sur de Brooklin.

Su sombra era una sombra más de las que poblaban la ciudad en la inquietante noche.

De pronto fueron tres.

Él hubiese jurado que aquellos dos individuos le estaban esperando, que no era casualidad el que se hubiesen tropezado con él.

De pronto se situaron a sus flancos.

—Vamos a invitarle a un trago, amigo.

—¿Qué pretenden?

—¿Es un delito invitar a alguien a un «bourbon» doble?

—Yo no les conozco a ustedes.

—No se preocupe; pronto nos conocerá.

Lionel se dio cuenta, por el acento, de que los dos hombres eran extranjeros. Se dio cuenta también de que aquella podía ser la forma más vulgar y efectiva del clásico atraco nocturno.

Pero los dos sujetos le llevaban inequívocamente a un bar de pequeña categoría que aún estaba abierto. Sus luces parpadeaban indecisas bajo la fina llovizna que de pronto había empezado a caer. El neón enviaba reflejos metálicos al asfalto sucio, gris, inanimado de la ciudad que parecía haber ido muriendo poco a poco.

A un tipo no se le lleva a un bar para atracarle.

No se le lleva a un sitio donde hay gente.

Posiblemente eran lo que parecían. Un par de fulanos algo bebidos y que tenían esa pegajosa y molesta cordialidad del alcohol. Lo mejor era seguirles la corriente.

Entraron en el bar.

Este consistía poco más que en un pasillo alargado, donde había una barra de caoba. Tras ella, un tipo estúpido, un dependiente de poca monta, de los que se pudren por las noches, sonreía tímidamente.

Ante la barra, sentada en un taburete, estaba una mujer.

Era la única cliente del bar en aquel momento.

Su rostro metálico, sus ojos duros, su expresión hostil, indicaban a la mujer que ya lo ha vivido todo y que por tanto no cree en nada, una mujer para quien las emociones vulgares ya no existían, sino solo las emociones inéditas y brutales que rozan los abismos de la depravación y los abismos de la muerte.

Sin embargo, era bonita.

Debió ser una belleza antes de que sus labios adquirieran aquel rictus, antes de que sus ojos empezaran a mirar con aquel desprecio hacia todo lo que vivía y era más feliz o más limpio que ella misma.

Tenía las piernas cruzadas, y enseñaba un panorama ancho como la cordillera de los Apalaches. Hasta arriba.

Un panorama que hubiese merecido figurar en las guías de turismo.

Los dos individuos sentaron a Lionel junto a ella y le dejaron que se refocilase a su gusto con aquella perspectiva de interés nacional. Luego la mujer se cansó y dijo a Lionel:

—Anda, invítame a un trago.

Lionel susurró:

—Con mucho gusto, señora.

Él mismo tomó una botella que estaba al alcance de su mano y llenó un vasito de whisky. Se lo tendió a la mujer.

Ella lo tomó sonriendo, y de repente se lo arrojó a la cara a Lionel.

Los dos individuos que estaban detrás lanzaron una carcajada.

El mozo, detrás de la barra, seguía sonriendo estúpidamente, como si le hubieran pintado la sonrisa en la cara.

Uno de los hombres dejó un billete de diez dólares sobre la barra.

—Tú como si no vieras nada, muchacho. Y empieza a cerrar.

Los dos hombres se abalanzaron a la vez sobre Lionel y le tumbaron de espaldas sobre el suelo. La mujer, desde arriba, descabalgó una pierna y le empezó a repasar la cara con su finísimo tacón. Es increíble el daño que puede hacer un tacón alto, de metal, y tan afilado como la punta de una espada. Lionel, que no conseguía levantarse porque los otros le sujetaban, empezó a gemir.

Eso enardeció a la mujer.

Aquella clase de emociones eran las que ella prefería.

—¡Gime, maldito! ¡Gime ahí, perro! Los hombres sois asquerosos. Sois muy valientes cuando creéis que podéis mandarla a una por cuatro monedas... Pero no valéis todos juntos ni un quejido de vuestra madre... ¡Toma! ¡Revienta de una vez, maldito!

Uno de los dos tipos soltó a Lionel.

—Hala, Mary, que no se trata de enterrarlo, sino de que se ablande un poco.

Lionel se llevó una mano a la cara. La tenía llena de sangre.

La mujer le arrojó el contenido de otro vaso de whisky, y el terrible

escozor hizo gemir a Lionel con más fuerza que antes. Tenía la sensación de que todo su cuerpo estaba en carne viva, de que le habían arrancado a tiras la piel.

Luego entre los dos hombres le pusieron en pie.

—¿Por qué... queréis... ablandarme?

—Vas a tener que irte de Nueva York, muchacho... Solo por tres días. Hala, ahí tienes el billete del avión que te llevará a San Luis.

Le introdujeron algo en el bolsillo. Lionel sentía que se mareaba, que el estómago subía a su boca.

Habían cerrado el bar, y estaba allí tan preso y perdido como en una ratonera.

La mujer, mientras tanto, le desabrochó el cinturón y se lo arrancó bruscamente.

—Hala, así. A ver si se te sostienen los pantalones, marrano.

Con la hebilla del cinturón empezó a golpearle. Lionel gemía entrecortadamente a cada nuevo impacto, a pesar de que ahora hubiera podido defenderse porque los dos hombres acababan de soltarle. Pero estaba tan asustado y sorprendido que ni eso notaba siquiera. Tuvo que ser uno de los hombres el que frenó bruscamente la rabia satánica de Mary.

—Bueno, déjale ya...

—¡Todos los hombres sois asquerosos, asquerosos...!

—Este no te ha hecho nada. Estoy empezando a pensar que Roger hizo muy mal al traerte con él a los Estados Unidos.

—Me trajo con él porque le gusto. Pero es tan asqueroso como los otros.

—Que no se entere.

—¿Y qué? No sería la primera vez que me pega. Él también emplea el cinturón porque le divierte.

—¡Basta ya de una maldita vez!

Lionel sollozaba, con la cabeza apoyada en la barra. Todo su cuerpo se veía sacudido por estremecimientos de cobarde. El licor resbalaba por su traje y caía hasta el suelo, mezclado con gotas de sangre.

—Hala, muchacho; a San Luis se ha dicho. No sabes el clima tan sano que hace siempre allí.

Lionel balbució:

—No... lo comprendo...

—No tienes que comprender nada. Tú lárgate sencillamente unos días, a descansar, y luego vuelves. No te molestaremos más.

El otro hombre susurró:

—Hala, ánimo... Buen chico.

Le dio un empujón que le envió brutalmente contra la puerta. Esta retembló. Luego lo arrastraron hasta el tocadiscos automático.

—Venga, pon una moneda.

Lionel fue a hacerlo, pero junto a la ranura uno de los hombres había encendido su mechero a gas. Retiró vivamente la mano.

—¡He dicho que pongas una moneda!

Lionel gimió y aulló mientras la llamita le quemaba los dedos. Mary, desde la barra, alzando las piernas, se había puesto a reír locamente.

—¡Dadle un buen escarmiento! ¡Enseñadle! ¡Me gustaría saber para qué valen los tipos como él!

La música empezó a sonar. Era, curiosamente, una canción amarga y llena de suspiros y gemidos.

Lo arrastraron hasta la puerta.

—Y ahora a casita. Sin olvidar que el billete de avión es justo para mañana. Tú piérdelo u olvídale y la fiestecita de hoy será jauja comparado con lo que te espera.

Lionel no contestó.

Se sentía hundido.

—Alguien tiene que acompañarle —dijo el otro hombre—. No avisará a la policía, pero hay que evitar sorpresas.

—Lo haré yo misma —dijo la mujer, de pronto.

—¿Tú?

—¿Es que pensáis que ese tipejo me da miedo?

—De acuerdo. Pero vuelve dentro de media hora como máximo; coge un taxi. Y cuidado...

Ella sonrió.

Extrajo de su bolso una navaja de resorte.

—Me gustará deshacerle la cara si se pone chulo —dijo—. No es más que un pobre perro.

Fue ella misma la que se levantó la falda y clavó a Lionel un puntapié en las costillas.

—¡Hala, fuera!

El tipo de la sonrisa —cara de bobo— había abierto la puerta. Sobre la ciudad había dejado de lloviznar, pero el asfalto estaba más húmedo y sucio que nunca. Hacía frío.

Lionel echó a andar. Se tambaleaba. La mujer fue con él, sosteniendo la navaja cerrada en la mano derecha.

Sus pasos resonaban quedos, metálicos, en la calle donde no se distinguía a un solo ser humano.

Lo que menos podía sospechar Mary era que iba caminando en compañía de un asesino.

No notó que Lionel se rehacía, que sus ojos brillaban de otro modo, que sus manos se torcían, formando garras.

No notó nada, excepto el asco profundo que aquel hombre y todos los demás le producían.

En un lejano tiempo no fue así, pero Roger se había preocupado de que

ella perdiese la fe en todo, en la vida, en los recovecos malditos del destino.

Mary solo sentía deseos de golpearle de nuevo, de saciar en aquel hombre todas las humillaciones que tipos como él le habían infligido a ella.

Sabía que él tenía una casa alquilada muy cerca de allí, al borde del inmenso cementerio.

Su novia vivía en aquel lugar. Una muchacha de la que Roger quería apoderarse, y para lo cual eliminaba desde el primer momento el único obstáculo.

Aquel tipejo.

—Camina más deprisa, perro —exigió.

Él se volvió lentamente.

Tenía la cara llena de sangre, pero sus ojos no eran los de un hombre que sufre. En sus ojos algo había cambiado, se había encendido una lucecita siniestra, como las que se emplean en las habitaciones de los muertos.

Mary parpadeó.

No tenía miedo a nada; en otro tiempo solo había sentido temor a los golpes de Roger, cuando ella no le complacía en algo, golpes que apoyaba alegremente toda su cuadrilla. Ahora ni eso.

Pero los ojos de aquel tipo eran distintos.

Había algo en su mirada, en sus labios, que helaba la sangre sin que se supiera por qué.

Mary gruñó:

—¿Qué ocurre? ¿Por qué te paras?

Pero, en contra de su voluntad, la voz le brotó débil y falsa.

Lionel masculló:

—Eres muy bonita...

—Eso no te importa a ti, perro. No quiero que me manches con tu baba.

—No me había fijado antes en el cuerpo tan hermoso que tienes. Y eres joven, aunque te esfuerces por no parecerlo.

—¡Echa a andar otra vez o te parto los dientes!

—Se ve que los hombres te han tratado muy mal.

—Peor te van a tratar a ti las mujeres, pichón.

Mary oprimió el resorte de la navaja. La lengua de acero salió disparada con un chasquido.

—¿Quieres que te marque la cara aún más?

—No lo harás, nena.

—Vuelve a llamarme nena y mañana te encuentran con esto clavado en el corazón. Al fin y al cabo, Roger me lo agradecería.

—Ahora me acuerdo de quién es Roger; tu dueño.

—¡Yo no tengo dueño!

—Lo conocí en Méjico. El muy canalla vendía la más deliciosa y difícil mercancía que te puedes imaginar.

—¡Eso ya no te importa! Pero por si acaso, te advierto que yo vendo una mercancía mucho más difícil: ¡Vendo muerte!

Y se lanzó a fondo con la navaja, buscando atravesar el corazón de Lionel.

No quería confesarse a sí misma que estaba asustada. No quería reconocer que había perdido por completo el control de sus nervios.

Lionel detuvo su mano armada y se la retorció brutalmente. Lo hizo con una sorprendente facilidad.

Mary gimió. No pudo evitar que su brazo fuese retorcido como una cuerda. Tuvo que soltar la navaja.

Lionel la sujetó con una mano, mientras seguía reteniendo a la muchacha con la otra.

Ella lanzó un alarido, lleno de terror, al darse cuenta de lo que iba a ocurrir.

Lionel la besó en los labios. Lo hizo casi con delicadeza, mientras ella palpitaba de horror.

Luego susurró:

—Lástima...

La navaja se clavó hasta el fondo, por la espalda, en el corazón de Mary.

Ella cayó blandamente a tierra, sin fuerzas para lanzar un nuevo gemido.

CAPÍTULO X

Cliff entró en el despacho de la Brigada, lanzó por los aires su sombrero empapado de lluvia y lo hizo encajar perfectamente en lo alto de la percha.

Luego miró lo que tenía sobre la mesa.

Un par de casos rutinarios en que el culpable había sido atrapado «ipso facto» y tenía ya la confesión poco menos que firmada. Un caso de suicidio que se temía hubiera sido provocado y que requería unas pesquisas entre los familiares del muerto. La foto de una chica encontrada en una calle de Brooklin, con una navaja clavada en el corazón.

La foto tenía un pequeño pie con sus datos.

«María Suárez Expósito, de 22 años, con pasaporte panameño pero cuya verdadera nacionalidad se ignora. Entrada por El Paso el 22 del actual. Fichada por haber ejercido la prostitución en Nueva Orleans y Houston, se sospecha que a sueldo de los *gangs*.

Ninguna detención por el momento. Datos de autopsia seguirán a primera hora de la noche.»

Cliff dejó la foto.

¡Cochino trabajo el suyo!

Rastrear por la ciudad inmensa la pista de una mujer a la que conocía mucha gente y a la que en realidad no conocía nadie. Hundirse en los antros que ella frecuentaba. Conocer a los tipos babeantes que la habían ensuciado, a los fulanos tímidos que, ¡quién sabe!, a lo mejor la habían amado sin que ella lo sospechase nunca.

Cliff se dijo que aquel debía ser un asunto de celos más que un ajuste de cuentas. Las pasiones volcánicas son peligrosas cuando las despierta una mujer así.

Cliff pidió, por rutina, examen microscópico de las huellas de la navaja y comprobación en los ficheros.

Pero realidad no era ese crimen el que le obsesionaba. Lo que no podía arrancar de su cabeza era el asunto de Marta.

Los nervios le dolían secretamente al pensar en ella. No dejaba de recordarla, ni durante el largo día ni durante la condenada noche.

Empezó a distribuir las investigaciones entre sus hombres, a fin de poder él disponer de un par de horas y vigilar así la casa.

Cuando poco después le trajeron el resultado del examen de las huellas, sus dedos se crisparon sobre el papel.

CAPÍTULO XI

Como Marta había pasado casi todo el día fuera, haciendo compras, no resultaba nada extraño que aquella visita viniese al anochecer. El caballero que estaba en la puerta, muy educado y muy pulcro, se quitó el sombrero y le dijo que había venido dos horas antes, pero que por entonces la casa estaba vacía.

—Soy el tío de Lionel —añadió.

Marta quedó boquiabierta y al propio tiempo un poco maravillada, por lo que aquello suponía. Sabía de sobras quién era el tío de Lionel, el jefe de la familia. El que administraba el dinero de todos y el que decidía las cosas importantes. Nada se hacía sin su permiso.

Hasta entonces no había mostrado el menor interés por conocer a Marta, y el que hubiese ido a verla solo podía significar una cosa: ¡Iba a dar su permiso para que la boda se realizase! ¡Iba a asegurar, quizá, el porvenir de Lionel, entregándole una bonita suma de dinero!

A Marta no le llenaba de ilusión la boda en sí, sino el hecho de que con aquello se convertía casi en un ser inatacable para Roger y los suyos. Estos no se atreverían a raptar a una ciudadana americana, cometiendo así un delito federal que podía acarrear una condena a muerte. Roger solo se atrevía con mujeres perdidas, con muchachas que no tenían los documentos en regla, que nada podían reclamar.

El hombre, de sonrisa bondadosa y afable, la miraba atentamente.

—Tú debes ser Marta, claro.

—Sí... Y tengo mucho gusto en conocerle, pase, por favor.

Él apreció de una sola ojeada el buen gusto con que estaba montada la casa.

—Te felicito —dijo—. Todo es muy hermoso... Al mismo tiempo debo disculparme por no haber podido conocerte antes.

—No tiene importancia. Quizá, en realidad, sea culpa mía.

El caballero depositó su sombrero sobre una mesa, tomó asiento miró complacido a Marta.

—No te imaginaba así —confesó—. La verdad es desconfiaba del gusto de mi sobrino Lionel. Pero veo que esta vez ha acercado plenamente, que ha adquirido una auténtica obra de arte.

—Me alaba usted demasiado. ¿Quiere beber algo?

—Solo un poco de brandy, gracias.

Ninguno de los dos se dio cuenta de que arriba, en la baranda del piso superior, se había movido una sombra.

CAPÍTULO XII

Cuando Marta hubo salido, el caballero sonrió con satisfacción y extrajo una pitillera de oro. Le gustaba aquel ambiente y le gustaba, sobre todo, el aspecto de la chica y la sencillez que ella había demostrado desde el primer momento. Supuso que a ella no le sabría mal que fumase un cigarrillo.

Por esta vez Lionel, al elegirla, había obrado como un hombre sensato.

El caballero encendió su cigarrillo, y al lanzar una bocanada de humo, alzó un poco la cabeza. Fue entonces cuando vio aquella sombra en el piso superior, aquella sombra que parecía aguardarle.

El hombre arqueó una ceja.

¿Cómo era posible...?

¿Cómo se concebía que...?

No llegó a terminar sus pensamientos. La mano, desde arriba, le hizo un signo de invitación.

El caballero se puso en pie. La verdad era que todo aquello le parecía muy sorprendente.

Y al parecer, Marta no sabía nada. ¡Era como para volverse loco!

Pero más valía resolver las cosas ahora, cuando por fin se había decidido a ir a la casa. Era mucho mejor aceptar la muda invitación de aquella mano.

En silencio, con la frente recorrida por una profunda arruga de inquietud y de irritación, el viejo caballero fue ascendiendo las escaleras hasta el primer pro.

El silencio era total.

Marta debía estar preparando las bebidas, porque no había regresado aún. No se oía su grácil taconeo en ningún lugar de la casa.

Una vez en el piso superior, el caballero parpadeó. La sombra había desaparecido.

Pero oyó pasos furtivos y rápidos en el pasillo que conducía a los dormitorios.

Bueno, ¿qué iba a hacer? Seguramente deseaban hablarle en un sitio donde no pudiera verles Marta.

Avanzó por el pasillo, donde solo brillaba una débil lucecita de orientación.

Una lucecita color violeta que parecía una extraña flor en la penumbra.

Y de pronto hasta aquello se extinguió. En torno al hombre se hizo la oscuridad más absoluta.

CAPÍTULO XIII

Al principio no se asustó.

Era un hombre que, a su edad, había vivido muchas situaciones inesperadas y extrañas. Un corte de fluido eléctrico era, en cierto modo, la cosa más natural del mundo.

Pero comenzó a inquietarse al ver que no se habían apagado todas las luces de la casa, sino solamente aquella que estaba en el pasillo. Desde la planta baja llegaba el reflejo de las luces del vestíbulo, normalmente encendidas.

¿Quién había apagado aquella? ¿Por qué?

El hombre vaciló, no sabiendo si retroceder o seguir avanzando.

Pero retroceder le parecía absurdo.

¿Iba a tener miedo?

Él había visto perfectamente a la persona que le había hecho señas desde arriba, para que subiese, y le parecía ridículo tenerle miedo. Era una persona a la que él conocía muy bien.

Con el ánimo intranquilo, pero considerando más bien aquello como una broma de mal gusto, el hombre siguió avanzando.

Había una lucecita en uno de los dormitorios.

Entró.

«Debe querer hablarme a solas —pensó—. Desea que nadie nos interrumpa mientras tanto.

La puerta emitió un leve quejido a su espalda, al cerrarse poco a poco.

La lucecita estaba sobre la mesilla e iluminaba un lecho amplio y acogedor, unos muebles caros y sólidos, un conjunto de sombras que parecían pegarse a las paredes y deslizarse furtivamente por ellas.

Aquello intranquilizó al hombre.

Las sombras se movían, se movían realmente...

De pronto adivinó por qué y exhaló un suspiro de alivio. ¿Qué diablos era lo que le ponía tan nervioso?

Los coches, al ascender por la calle, enviaban a la ventana parte de la luz de sus focos. Esa luz cambiante, que de pronto cesaba, hacía que en la habitación todo pareciera moverse.

El caballero llamó en voz alta:

—¡Eh! ¿Pero qué pasa? ¿Quién está ahí?

Nadie contestó.

El silencio continuaba imperando, y las sombras seguían moviéndose poco a poco.

Un temblor súbito apareció en los labios del hombre.

En parte era indignación, pero en parte era también algo que no quería

confesarse: Miedo.

Oyó de pronto un chasquido a su espalda.

Se volvió de repente.

El pomo de la puerta giraba lentamente, produciendo un leve chirrido de cosa vieja.

Alguien iba a entrar allí.

El hombre no sabía que estaba sudando. No se daba cuenta. Pensó si pedir socorro, pero enseguida se dijo que aquello sería ridículo. Nada había sucedido en realidad. Nada iba a suceder.

La puerta fue empujada desde fuera.

Una figura apareció en el umbral.

El hombre sonrió, sintiéndose aliviado inmediatamente.

—Vaya, menos mal... Creí que...

Pero de pronto calló. De pronto sus músculos quedaron rígidos y horriblemente tensos.

Había visto algo en los ojos que le miraban.

Había sabido vislumbrar, detrás de aquellas pupilas, la lucecita negra de la muerte.

Sus labios apenas se entreabrieron para susurrar:

—No... No puede ser...

La aguda barra de hierro se clavó en su pecho, de abajo arriba, buscando directamente el corazón. Fue un golpe rápido, certero y sin un solo fallo. El acero penetró como una flecha hasta el miocardio del hombre. Este no tuvo tiempo ni de lanzar un grito.

El dolor fue horrible, angustiioso, pero duró tan solo unos segundos.

De pronto el hombre cayó de espaldas, tratando inútilmente de sujetar aquella barra metálica.

La mano que acababa de asesinarle la retiró con un gesto brusco y hábil.

El hombre quedó cara al techo, con los ojos desorbitados. La lívida mancha de la muerte cayó sobre su rostro.

* * *

Marta entró en el vestíbulo. Llevaba una bandeja de plata con una botella de brandy, dos servilletas y dos copas.

—Debe perdonarme —dijo—. He tardado algo porque la verdad es que entiendo muy poco de bebidas y no sabía qué marca de brandy sería la que usted prefer...

De pronto quedó cortada.

El tío de Lionel no estaba allí. No comprendía dónde podía haberse metido.

Marta, atónita, dejó la bandeja sobre la mesita.

Pensó por un momento que quizá el caballero se había ido, molesto por

algo malo que ella habría hecho sin darse cuenta.

Pero no. Eso no podía ser. El sombrero aún estaba sobre la mesita, tal como él lo dejó.

Quizá había querido lavarse las manos o algo semejante.

Marta golpeó con los nudillos en la puerta del cuarto de baño de la planta baja.

—¿Está usted ahí?

Silencio.

Marta empujó la puerta y vio las baldosas azuladas, el brillo hostil y un poco inquietante de los grifos limpios.

¿Dónde se había metido el tío de Lionel?

Marta sentía una viva inquietud, pero ni remotamente imaginaba la verdad. Pensó que debía haber hecho algo malo, sin darse cuenta, y él se había marchado lleno de indignación, sin llevarse ni tan siquiera el sombrero.

La muchacha empezaba a sentirse sencillamente aturdida.

¿Qué había hecho ella? ¿Qué pudo motivar la desaparición del hombre?

Aunque la idea era absurda, se le ocurrió que pudiera estar en las habitaciones superiores, visitando por curiosidad los rincones de la casa.

Sí, tal vez fuera eso.

Marta, con todos los nervios en tensión; respirando con miedo, fue subiendo poco a poco.

El rumor de sus pasos quedaba ahogado por la gruesa alfombra, pero, aun así, a ella le parecía que mil ruidos furtivos repercutían en las paredes de la casa.

Llegó al piso superior, y entonces vio que la luz de orientación estaba apagada.

Las tinieblas se habían adueñado de todo.

Era incomprensible, pero eso precisamente aumentó en Marta la convicción de que algo extraño ocurría.

Siguió avanzando.

Uno de los dormitorios, el suyo precisamente, estaba abierto, y de él brotaba un débil rayo de luz.

La muchacha empujó la puerta, y entonces el horror saltó a sus ojos como la zarpa de una fiera.

El hombre estaba allí, muerto.

Le habían clavado algo en el pecho, porque de este brotaba un espeso chorro de sangre. El agujero producido por el arma era considerable. Las manos aún estaban crispadas sobre la camisa, en el último espasmo de la agonía.

El alarido de horror partió de la garganta de Marta. Su chillido frenético, angustiado, repercutió en las paredes e hizo temblar los cristales

de las ventanas.

De pronto la muchacha quedó callada.

Sabía bien que nadie iba a oírla. La casa estaba aislada, puertas y ventanas cerradas. Los coches que circulaban por la calzada también tendrían subidos los cristales de las ventanillas.

Como una estatua, como la propia plasmación inmóvil del horror, la muchacha quedó unos instantes así, quieta.

El silencio parecía pesar sobre sus hombros.

La luz era como una cosa irreal que reptaba por el aire y la hería en las pupilas.

Todo el miedo que palpita en el mundo parecía haber entrado de repente en su corazón de muchacha solitaria.

El quejido de una puerta se escuchó a su derecha.

Los ojos de Marta se desviaron hacia allí, con una súbita alarma, mientras contenía la respiración.

La puerta que daba al guardarropía acababa de moverse un poco.

Alguien estaba allí...

Marta se dio cuenta de que no debía entrar. De que la persona que estaba allí no podía ser sino el asesino.

El quejido se repitió.

La puerta empezó a abrirse lentamente.

Marta, sintiendo que se ahogaba, con los ojos fuera de las órbitas, retrocedió poco a poco.

Alguien iba a salir. Ella iba a ver el rostro del asesino.

A sus espaldas sintió la puerta de la habitación.

La abrió lentamente, sin mirar, con los ojos clavados en la otra puerta, en la del guardarropía.

Esta se abrió de repente.

Marta lanzó un chillido.

Un gato salió silenciosamente, mirándola con sus ojos que parecían impregnados de fósforo.

El miedo de Marta era tan absoluto que ni siquiera ante aquella visión tranquilizadora reaccionó.

No comprendía cómo aquel gato podía estar en la casa, aunque era fácil que hubiese entrado por cualquier ventana durante las horas de limpieza. Ahora recordaba que eso había sucedido ya alguna otra vez.

Sin darse cuenta, la muchacha había salido ya de la habitación, caminando de espaldas.

La oscuridad la envolvía.

¡Y fue entonces cuando oyó aquella especie de silbido tras ella!
¡Cuando percibió la respiración de alguien que, a su espalda, se disponía a atacar!

Se volvió de repente.

Solo vio el brillo metálico del arma que había matado ya al tío de Lionel. Un agudo punzón de cortar hielo como los que empleaban, para sus crímenes silenciosos, los «gangsters» de los años 30.

La oscuridad le impidió ver quién la empuñaba. Solo captó el brillo maléfico del arma.

Su juventud y su agilidad permitieron a Marta el salto atrás en el último segundo. El punzón cayó sobre su cuerpo y le rasgó el vestido, pasando entre sus senos. Solo la rapidez fantástica del movimiento de Marta le pudo salvar la vida.

Ahora la oscuridad más completa les envolvía a los dos, a ella y al asesino.

Solo se oían sus respiraciones quedas, pausadas, de fiera que acecha y de pobre animal acorralado que espera escapar en el último segundo.

El punzón de pinchar hielo tanteó en las tinieblas. Marta veía debilísimamente el fulgor de su punta metálica moverse en las tinieblas.

Comprendía que su única salvación estaba en permanecer quieta, en contener la respiración, en impedir que el asesino pudiese hallarla.

Pero su tensión nerviosa había llegado al límite.

Su capacidad de resistencia estaba rota. Sus últimas fuerzas habían expirado.

De pronto se encontró chillando, sin darse cuenta, sin que su voluntad interviniera en aquel alarido donde todo su horror, toda su impotencia quedaban plasmados.

La punta de acero buscó directamente su garganta, guiándose por la voz, y la muchacha sintió que su piel era rasgada como por una uña silenciosa.

Volvió la espalda y echó a correr, avanzando sobre sus altos tacones con una velocidad increíble.

Oyó a su espalda la respiración agitada, los pasos veloces del asesino que la perseguía.

Supo que iba a ser alcanzada, supo que moriría sin remedio.

Al pie de las escaleras tropezó.

Notó que la respiración, a su espalda, se hacía más silbante, más tensa, anticipando el alarido del triunfo.

Impotente, quieta, caída de bruces, Marta creyó sentir ya el dolor del hierro al clavarse en su carne.

¡Y de pronto alguien golpeó en la puerta!

Eran unos golpes recios, fuertes, golpes que solo podía dar una persona que se sintiera muy segura de sí misma.

El golpe definitivo, el golpe que ella esperaba, no llegó.

La respiración silbante retrocedió poco a poco.

El asesino parecía pensar que si perdía un segundo más, ya no podría huir. Mientras, los golpes arreciaban contra la puerta.

Marta se puso en pie. Todo su cuerpo vacilaba. Pero se encontró de repente corriendo como una loca hacia el vestíbulo, buscando la salvación de aquellos misteriosos golpes en la puerta.

La abrió de repente.

Y se arrojó llorando, temblando espasmódicamente en los brazos de Cliff, quien la miraba como si ambos acabasen de trasponer el umbral de una pesadilla.

* * *

—¿Qué ha sucedido?

La voz del hombre parecía volverla a la normalidad, al hasta entonces lejano mundo de las realidades de cada día.

—¡Ha sido... horrible!

—Pero ¿qué sucede?

—Hay arriba un hombre asesinado.

—¿Quién?

—No recuerdo su nombre. Solo sé que es el tío de Lionel.

Ella hablaba con un soplo de voz, sin fuerzas, mientras que él hacía preguntas rápidas, guiado por un instinto puramente profesional.

—¿Quién ha sido?

—¿Cómo puedo saberlo? También han intentado matarme a mí.

De pronto ella pareció reflexionar también.

—¿Cómo es que estás aquí, Cliff?

—No debo ocultarte que vigilo la casa. Y me ha parecido oír un grito. He tardado el tiempo justo que necesitaba para llegar hasta la puerta.

—Cliff...

Ella no podía hablar más. Sus palabras se ahogaban, morían quedamente en sus labios.

—Vamos arriba —dijo él.

Daba por supuesto que el asesino ya no estaría allí, de modo que no tomó la menor precaución para subir las escaleras. Marta le indicó el lugar donde ella había caído y le señaló el conmutador que encendía y apagaba la luz de orientación y las luces generales.

—Hay otro al fondo del pasillo —dijo—. Alguien, desde allí, puede dejarnos a oscuras al vernos subir las escaleras.

—Pero ahora no debe haber nadie. Y si nos deja a oscuras y tiene ganas de pelea, tanto peor para él.

En efecto, nadie les molestó. Marta trataba de pensar velozmente, preguntándose por dónde debía haber huido el asesino. Pero como todas las ventanas de la planta baja se abrían desde dentro y daban a calles solitarias, la respuesta no era difícil.

Llegaron ante la puerta del dormitorio.

—Ahí... —balbució.

Cliff empujó la puerta. Sus ojos profesionales y fríos no reflejaron la menor emoción al contemplar el cadáver.

—Un punzón de hielo —dijo secamente—. Creí que esa clase de instrumentos no se empleaban ya. Para asesinar por las noches, eran las armas favoritas de los *gangs* de Chicago y Nueva York. Pero hace falta fuerza para manejarlos bien.

Se inclinó sobre el cadáver.

—Y en este caso también hacía falta maestría —añadió—. El golpe ha sido prácticamente perfecto. Directo al corazón.

Buscó por entre los muebles y luego penetró en el departamento ropero, buscando por si alguien se ocultaba allí. Pero lo hizo de un modo rutinario, convencido de que nada encontraría.

Luego se volvió hacia Marta.

—¿Lo han matado poco antes de que tú lanzaras un grito?

—Supongo que con tres o cuatro minutos de diferencia.

Cliff encendió un cigarrillo con movimientos inseguros. Se le notaba nervioso.

—¿No avisas a la policía? —preguntó Marta—. Bueno, quiero decir... la policía eres tú. Me refiero a si no llamas al forense y a una ambulancia.

Él la miró.

Sus ojos eran metálicos y crueles.

—Marta, hemos de hablar antes.

—¿De... qué?

—Tú sabes perfectamente quién es el asesino.

—¿Yo?

Sí, Marta lo sabía. Sí, su garganta estaba rota de tantos esfuerzos que hacía para no pronunciar aquel nombre. Pero ella no quería hundir a Lionel, no quería comprometer al hombre que la había salvado una vez.

—Ignoro de qué me hablas —susurró.

—¿No te han atacado? ¿No has llegado a ver a nadie?

—No. Esto estaba completamente oscuro, y a mí me han atacado por la espalda.

Eso era verdad, y en la voz de Marta, muchacha más bien ingenua, se notaban con toda claridad las verdades y las mentiras.

—Pero tú sabías quién te atacaba.

—No...

—Mira, Marta, es necesario hablar con claridad. Hace poco Lionel mató a una mujer.

—¿Cómo? Me parece que... te confundes...

—No hay duda. Había huellas.

—Pero eso no pudiste comprobarlo... Lionel no está fichado.

—No seas ingenua o no intentes serlo. Sabes perfectamente que él atropelló a un hombre hace poco.

—Sí, claro... Lo sé.

—Sabes perfectamente también que en un caso así se ficha al autor del suceso por imperativo de la Ley.

—No lo sabía, pero me parece lógico.

—No es esto todo, Marta.

—¿No?

Ella estaba aturdida.

Después de haber visto en Cliff a un hombre afectuoso y más bien tierno con ella, su voz puramente profesional le resultaba ahora extraña.

—Marta, no sé si te han dicho que Lionel estuvo recluido en un sanatorio mental. No es más que un pobre loco.

Marta sintió que sus mandíbulas se desencajaban.

Abrió mucho la boca, sin fuerzas para articular una sola palabra.

Ella ya había dado por supuesto que Lionel no podía ser un hombre normal. Pero le parecía que, al ser ella sola la que lo pensaba, la cosa no era tan grave. Ahora la voz profesional de Cliff le hacía sentir un escalofrío.

—Supongo... —susurró—. Supongo que lo que me dices es cierto. Pero no me harás creer que Lionel se fugó del manicomio. Sería imposible que luego hubiera podido moverse con tanta libertad.

—No, no se fugó. Le dieron de alta.

—Entonces es que está curado.

—Esa es la versión oficial. Indudablemente se le declaró curado. El expediente no lo he visto aún, pero sé que ese punto pocas dudas ofrecerá. Sin embargo, hemos de suponer que ha sufrido una terrible recaída.

Marta cerró la boca.

Sí, comprendía que todo aquello era cierto.

Comprendía también que el círculo se cerraba implacable en torno al hombre al que ella había intentado proteger, aun sin amarlo.

Cliff prosiguió:

—Por precaución, cuando un hombre ingresa en el manicomio como loco peligroso, también le ficha la policía.

—Comprendo...

—Todo coincide en torno a Lionel. He sabido que él odiaba particularmente a las personas de su familia. Le irritaba ver que su tío y su hermana nadaran en oro, mientras que a él se le escatimaban unos dólares. En realidad, Lionel, como debes saber, es un rico heredero, por la causa de su estado mental no podía administrar sus bienes. Era su tío quien lo hacía por él. Sí, este que ahora tenemos a nuestros pies... Siempre fue generoso con Lionel. Cuando creía notar en él una conducta perfectamente normal, no le escatimaba los billetes. Así Lionel pudo permitirse el lujo de hacer grandes viajes y gastar a manos llenas. Luego su tío le dio dinero para alquilar y amueblar esta casa. Ansiaba que se casara y que hiciese una vida

vulgar, llena de normalidad. Claro que a veces, cuando Lionel tenía algún detalle extraño, le cerraba la bolsa. Eso hacía crecer de pronto el odio de Lionel. Era su dinero lo que él reclamaba. No me extraña, por tanto, que esta situación haya llegado.

Hizo tristemente una pequeña pausa y susurró:

—Debimos haber protegido a este hombre.

—¿Por qué no lo hicisteis?

—La policía no puede seguir a nadie si no hay sospechas contra él, o si él mismo no lo pide. Es contra la Ley.

—¿Todo esto que dices es cierto?

—Te lo juro.

—Yo no lo sabía.

—No hace falta que, por tu parte, me lo jures. He averiguado ya algunas cosas tuyas. Sé perfectamente que tratas de ayudar a Lionel porque le estás agradecida.

—Yo... Yo te ruego que lo comprendas, Cliff,

En realidad, no sabía qué decir. Estaba abrumada.

Un negro anillo de horror y de muerte se había cerrado en torno a la solitaria Marta.

—Lionel no hubiera intentado matarme a mí... —susurró de todos modos—. Lionel me ama.

No supo por qué, aquellas palabras parecieron herir extrañamente el corazón del hombre.

—El amor de los locos es a veces más peligroso que su odio —dijo sombríamente Cliff—. Cuando matan, lo hacen a veces pensando que ahorran sufrimientos al ser querido.

—Supongamos que eso sea cierto. ¿Qué piensas hacer, Cliff?

—Daré la orden de busca y captura contra Lionel. No puedo demorarlo más tiempo.

—¿Solo tú tienes esas sospechas o todo esto lo conocen también en la Brigada?

—De momento solo yo.

Marta tragó saliva.

Los labios le quemaban.

—Entonces voy a pedirte una cosa, Cliff. Te lo voy a suplicar con toda mi alma.

—¿Qué es lo que quieres?

—No des todavía esa orden de busca y captura. Concede a Lionel una oportunidad.

—¿La oportunidad de volver a matar?

—Tú no lo comprendes, Cliff.

—Claro que lo comprendo. Lo que tú sientes hacia él es una inmensa gratitud, y yo respeto ese sentimiento, aunque la gratitud no tenga que ver

nada con el amor. Pero tú debes darte cuenta, en cambio, de que él volverá a matar si se lo permitimos, y además su captura no significa que hayan de condenarle a muerte. Ni siquiera irá a la cárcel. Con los antecedentes que tiene, será ingresado de nuevo en el manicomio. El dinero de su familia hará que pueda estar allí en condiciones dignas y hasta rodeado de comodidades. Incluso, tal vez, es posible que pueda curarse.

La voz de Cliff era convincente. Había recobrado otra vez aquel tono humano y cordial que siempre tuvo.

Marta reflexionó con toda la velocidad de que era capaz en aquellos momentos.

Se daba cuenta de que todo esto era verdad, pero también resultaba posible que los médicos siquiátras declararan a Lionel responsable, en cuyo caso iría sin remedio a la silla eléctrica.

—Piensa que él, si te ayudó, fue en cierto modo por un capricho —dijo Cliff—. Con la misma facilidad te clavaría luego un punzón de hielo en la espalda.

—Lo comprendo, pero...

—¿Aún crees que se le ha de dar una oportunidad? ¿No comprendes que es en contra suya?

—Te lo suplico, Cliff...

—Va en contra de mi deber —dijo él suavemente— Hay momentos en que un simple sargento de la Metropolitana no puede decidir. Créeme que será mejor para todos, Marta.

La tomó suavemente por un brazo, para descender a la planta baja, y una vez allí descolgó el teléfono.

* * *

Mientras tanto, Lionel deambulaba tranquilamente por la famosa calle Cuarenta y Dos, la más larga y bulliciosa de la isla de Manhattan. Se sentía absurdamente feliz mientras contemplaba los juegos de luces de los cines y mientras aspiraba el olor de «biasseries», abriéndose paso entre los grupos que, como él, deambulaban en busca de una diversión no siempre fácil.

Hacia una noche magnífica.

El aire era fresco, y una brisa húmeda circulaba por la calle, desde el East River, en el lado aristocrático, hasta los muelles del Hudson, en el lado popular.

Lionel entró en una librería siempre abierta y donde se exhibían una gran cantidad de obras pornográficas. Estuvo hojeando algunas de ellas durante un rato.

Fue allí donde tuvo la sensación, por primera vez, de que era seguido.

Un tipo indolente, de caminar achulado, se había situado junto a él. Y no miraba las piernas de las chicas reproducidas en las revistas, sino que no quitaba ojo a ninguno de sus movimientos.

Lionel hubiese jurado que era el mismo tipo que había descendido, pegado a él, por la Avenida Nueve.

Una arruga de preocupación se dibujó en su semblante.

Casi estaba seguro de que era uno de los buitres que le habían golpeado en aquel bar de Brooklin. No había podido verle bien en aquella ocasión porque casi constantemente los tuvo a su espalda, y porque además la sangre le impedía abrir los ojos. Pero era natural, en cierto modo, que fuese aquel tipo.

Él había matado a la chica. No le dejarían escapar sin vengarse.

Bruscamente el miedo se apoderó de Lionel.

Comprendió que en la gran selva de Nueva York había empezado la caza, y él era justamente la pieza.

Bruscamente dejó la revista que estaba hojeando, se volvió de espaldas y salió a la calle.

El fulano le siguió. Ahora ya no hacían falta disimulos.

Una sensación helada se fue apoderando de Lionel mientras avanzaba por la calle Cuarenta y Dos, adentrándose sin darse cuenta en las zonas en que esta se hallaba menos concurrida.

Los pasos del hombre resonaban quedos, tras los suyos, sobre el asfalto húmedo.

¿Y si avisase a un policía? Pero no... Era absurdo. Quizá le estaban buscando ya.

Bruscamente se dio cuenta de que había llegado al nivel de la Tercera Avenida.

El ambiente de Manhattan cambiaba allí.

Las calles largas, silenciosas, de aristocráticos edificios, parecían las de una ciudad muerta.

Lionel volvió un poco la cabeza y vio que, por la otra acera, un nuevo hombre le seguía. Eran dos. Le tenían bien acorralado y dominaban la técnica de la caza.

De pronto otro hombre vino hacia él.

Era alto, grueso, con aspecto de «bon vivant». Pero sus ojos inhumanos taladraban la noche.

A Lionel le asombraba la perfección de sus movimientos, porque él no sabía aún que se comunicaban por medio de unos sencillos aparatos emisores-receptores (los clásicos «walkie-talkie»), que les permitían dar y recibir órdenes a un par de millas de distancia.

De pronto el hombre que venía hacia él le cortó el paso. Los otros corrieron, aprovechando que, en aquel momento, por la calle no pasaba nadie.

Lionel se sintió acorralado. Extrajo el cuchillo que nunca le abandonaba, desde que salió de la clínica mental.

Uno de los dos hombres se lanzó contra su espalda y le inmovilizó los

brazos. El otro, el gordo, le dio un salvaje puntapié en el bajo vientre.

Lionel hubiese querido aullar, pero ni eso pudo. El dolor terrible, lacerante, subía en oleadas hasta su boca. El hombre que tenía a su espalda, después de arrancarle el cuchillo, lo dejó caer al suelo y empezó a patearle rabiosamente. Roger, que era el que había propinado el puntapié al bajo vientre, sacó una navaja de resorte.

—Déjalo... Este cochino fue el que asesinó a Mary. Deja que yo lo abra de arriba abajo.

—Hazlo poco a poco...

Uno de los dos individuos le sujetó los brazos, manteniéndole pegado al suelo, mientras el otro hacía lo mismo con las piernas. Roger se inclinó sobre él con la navaja a punto. Era un degüello en toda regla, un sacrificio realizado con la mayor comodidad.

Roger lanzó un runruneo de satisfacción.

—¡Ahora!

En aquel momento sonó un disparo.

Uno de los dos hombres, que cubría parcialmente a Roger, soltó su presa al ser alcanzado en la cadera. Lanzó un gemido, mientras todos se volvían al mismo tiempo.

Un hombre acababa de descender de un automóvil. No era un coche de la policía, sino uno particular. Pero el hecho de que hubiese tirado a herir, con ánimo de apresarles, indicaba bien a las claras cuál era el oficio de aquel individuo.

Roger sustituyó la navaja por la pistola automática que llevaba en su funda axilar. El hombre que no estaba herido hizo lo propio.

Cliff tuvo que parapetarse tras el guardabarros de su coche, mientras aquella tempestad de plomo se desencadenaba sobre su cabeza.

Suponía, con motivo, que Lionel era un hombre amante de la noche, y todos los noctámbulos de Nueva York suelen darse una vuelta por la calle Cuarenta y Dos, que con Times Square y algunas zonas de Broadway son los únicos puntos animados de Manhattan. Guiado por el instinto había empezado a recorrer en su automóvil la larga calle, de este a oeste, hasta encontrarse de repente con aquel espectáculo increíble.

Una de las ruedas de su coche estalló.

Cliff lanzó una maldición.

Ya no podría perseguir a aquellos tipos, que corrían como ardillas, disparando para protegerse.

Lionel corría también. Él era uno de los primeros interesados en que no se le capturase.

El que estaba herido en la cadera intentó seguirles. De pronto vio que el negro ojo de la pistola de Roger le apuntaba al centro de la cabeza.

—¡No! —aulló—. ¡Noooo!

El disparo le atravesó la frente. El granuja cayó de bruces, mientras su

sangre, como si estuviera dotada de vida propia, saltaba sobre el asfalto.

Roger no quería dejar tras él hombres que hablasen. Estaba decidido a huir fuese como fuese.

Su único compinche llegó a la esquina. Se volvió bruscamente para tirar contra Cliff, creyendo que el disparo era seguro.

Cliff le envió dos balas, buscando los puntos vitales del enemigo.

Lo vio abrazarse a la esquina, vacilar, mientras los otros corrían.

De pronto el «gangster» se derrumbó. Un gorgoteo largo brotó de su garganta hasta extinguirse al fin, hasta que para él comenzó el «Gran Silencio».

Cliff se puso en pie, ahogando maldiciones, al ver que los otros habían huido. Pero ya nada podía hacer.

Inutilizado su coche, se puso a correr tras ellos, aun sabiendo que en el gran rompecabezas de Manhattan nunca los encontraría.

* * *

Lionel comprendió en aquel momento que la policía estaba ya tras él. Se dio cuenta de que solo tenía un refugio.

Marta le ayudaría. Él se ocultaría en alguno de los escasos nichos del cementerio, y ella, por medio del pasadizo, le llevaría comida y le proporcionaría también, una semana más tarde, cuando todo estuviese calmado, un pasaje aéreo para salir del país.

En su mente trastornada, todo esto encajaba a la perfección. Solo era cuestión de ocultarse los primeros días. ¡Y Marta tenía que ayudarle!

Se fingió borracho cuando un taxi, conducido por un portorriqueño, pasó por las cercanías. El conductor era amable y solo le preguntó a dónde quería ir. Muy poco después le dejaba ante la puerta de la casa contigua al cementerio. Era aquel el último lugar del mundo adonde acudiría a buscarle la policía.

Abrió ansiosamente con la llave que tenía en su poder. Vio a Marta en el vestíbulo, quieta, hierática, con la mirada perdida.

—Marta... Marta, tienes que ayudarme.

Ella no contestó.

Ella aún tenía el horror clavado en sus ojos, en su cráneo. Aún le parecía estar viviendo el momento en que el forense y los policías se llevaron el cadáver. No hacía ni veinte minutos que estaba sola, y ahora... ¡Ahora Lionel acudía a pedirle ayuda! ¡Todo se confirmaba!

—Tienes que ponerte de mi lado... —suplicó él, casi con lágrimas en los ojos—. La policía me busca.

Marta pensó que él era un cobarde, en el sentido en que son cobardes los niños. Pensó que Lionel no se daba cuenta, más que a ráfagas, de que vivía en un mundo real. ¿Pero qué podía hacer ella? ¿Podía condenar al hombre que la salvó?

Ahora había lágrimas en sus ojos también cuando dijo quedamente, como si pronunciara una sentencia contra sí misma:

—Está bien, te ayudaré. Saldremos por el pasadizo al cementerio y allí encontrarás refugio. Pero hemos de darnos prisa. Aunque de momento solo te persigue un policía, él dará en seguida con tu pista.

CAPÍTULO XIV

Mientras avanzaban por el pasadizo, mientras Marta sentía la humedad resbalar por las viscosas paredes, se dio cuenta de que quizá había cometido el último error de su vida.

Ahora estaba en manos de Lionel y nadie lo sabía. Ahora él podía matarla, hacerla pedazos, sin que nadie se enterase hasta que fuera demasiado tarde.

Muy poco antes había asesinado al hermano de su padre. ¿Qué le costaría asesinarla a ella?

Al principio Marta había sentido compasión, pero ahora la dominaba el miedo. Ahora se daba cuenta de que estaba a merced del asesino.

La respiración de Lionel le quemaba en la espalda.

Sentía sus ojos extraviados recorrer cada una de sus curvas, cada uno de sus relieves. En cuanto Lionel recobrara un poco la serenidad, el oscuro instinto de matar se apoderaría de él nuevamente.

La puerta de hierro chirrió cuando la abrieron tirando entre ambos. La luz espectral de las estrellas les rodeó en el ambiente del cementerio.

Vagamente Marta recordaba que había unos panteones hacia la parte oeste. Caminaron hacia allí, siempre yendo ella delante. Lionel, completamente hundido de momento, la seguía como un niño.

Dos pequeños panteones, edificados en piedra gris, parecieron emerger de entre las sombras. Marta se detuvo ante el primero de ellos.

—Con un poco de suerte lograrás descerrajarlo. Aquí conseguirás estar seguro al menos durante un par de días.

—No... En ese no.

La voz de Lionel temblaba. Estaba acorralado y solo. Debía tener la sensación angustiosa de que todo el mundo maquinaba contra él.

Marta le miró con una pena infinita.

—En ese ocultaste el cadáver de Esther, ¿verdad?

—Ssss... Sí.

—¿Por qué la mataste?

—Ella me odiaba... Todo el mundo me odia.

—¿Incluso yo?

—No, no... Tú... Tú no me odias.

Marta se daba cuenta del peligro. Se daba cuenta de que él, con un cambio de actitud, con una palabra que le sonase distinta de las otras, podía ver el mundo de otra manera y desear matarla.

Pero ya no tenía miedo. Ahora solo una honda pena se había adueñado de ella.

—Iremos al otro —susurró.

—Tú... Tú me traerás comida y... y un pasaje aéreo... dentro de una semana. Eso es... Dentro de una semana.

—Primero trata de abrir.

—Suelo llevar una ganzúa, pero no sé si la he olvidado. Aunque tengo una pistola. Eso es, dispararé contra la cerradura.

—No seas loco. Te oirían.

—¿Qué debo hacer?

—Prueba. Quizá las llaves que tienes sirvan para eso. No te pongas nervioso; dispones de tiempo.

Él fue trabajando sobre la cerradura, en medio de la oscuridad. Su cuerpo era como una mancha un poco más clara en la penumbra. Se iba poniendo cada vez más nervioso.

—¿Por qué has asesinado al hermano de tu padre? —musitó ella al fin, sin poder contenerse—. ¿También él te odiaba? ¿Y por qué luego has tratado de matarme a mí?

Él dejó caer la llave al suelo. Sus ojos atónitos la miraron.

Aun en medio de la semioscuridad notó Marta el asombro abismal de aquellos ojos.

—¿Matarte a... a ti?

—Lo has intentado, Lionel.

—¿Yo?

Y hubo tal horror, tal asombro en aquella sola sílaba, que Marta se dio cuenta de que él decía la verdad.

Una especie de mancha negra se posó ante sus ojos.

¡Él no había cometido el último crimen! ¡No había tratado de matarla a ella!

¡Lionel no!

¿Pero entonces quién? ¿Quién?

El angustioso interrogante flotaba en el centro de la muchacha como una nube de pesadilla.

Sentía que las rodillas se le doblaban, que se negaban a sostenerla.

CAPÍTULO XV

Roger encontró la puerta de la casa abierta. Él ignoraba aún lo sucedido. Ignoraba que Lionel en la precipitación de su llegada, había olvidado cerrarla.

La policía no tardaría en llegar, de eso podía estar seguro.

Pero él disponía de algunos minutos, quizá de media hora, para acabar con aquel perro que había deshecho su grupo. Roger, aunque aquello le costase la libertad, no quería quedarse sin la satisfacción de la venganza.

Estaba seguro de que Lionel se encontraba allí. No podía haber ido a refugiarse, de momento, a ningún sitio más. Y él le acorralaría y le haría tragar bocados de plomo, viéndole morir poco a poco.

La casa estaba silenciosa. Parecía vacía.

Con una sonrisa torcida, Roger pensó que quizá no estaría de más eliminar también a la propia Marta.

Con un poco de suerte aún podría hacerlo y huir. La policía, antes de ponerse en movimiento, tiene que seguir una serie de trámites rutinarios.

Subió por las amplias escaleras, con la pistola preparada.

El silencio que le rodeaba era absoluto.

Toda la casa tenía un extraño aspecto de abandono, de soledad, de muerte.

Roger, con los nervios tensos, llegó al pasillo de los dormitorios y vio luz tras una de las puertas.

Magnífico. Lionel estaba allí.

Con movimientos felinos, suaves, empujó la puerta.

Dentro, en efecto, había alguien. Había una mujer joven, hermosa, de ojos inexpresivos, que parecía aguardarle.

Algo desconocido, inquietante, flotaba en el rostro de aquella mujer y en su sonrisa muerta.

Roger fue a levantar la automática. Una brusca luz de alarma acababa de encenderse en su cráneo.

Él no lo entendía, pero una voz secreta le estaba gritando: «¡Cuidado! ¡Cuidado! ¡Aprieta el gatillo! ¡Aprieta el gatillo de una vez!»

Ella lo hizo antes, con la pequeña pistola que ya sostenía en su derecha.

Un orificio redondo se marcó en el centro de la frente de Roger, quien cayó hacia atrás, muerto, sin que de su rostro se borrara aquella brutal expresión de asombro.

CAPÍTULO XVI

La voz de Marta fue apenas un susurro cuando preguntó, mirando a Lionel:

—Júrame que tú no lo has hecho. Júrame que no has sido tú.

—Yo... Yo te juro...

Lionel estaba a punto de llorar. Los enfermos como él son igual que niños. Caprichosos como ellos, desdichados y felices sin lógica, peligrosos cuando no se les complace.

Ahora necesitaba protección. Ahora, en manos de Marta, podía ser como un juguete.

Sus ojos lastimeros, quietos, indicaban que no mentía.

—Yo te juro... —repitió.

—No hace falta —le cortó una voz metálica, a su espalda.

Los dos se volvieron. Los dos divisaron entonces, emergiendo de un lado del panteón, el rostro hermoso y enigmático de Greta.

Una pequeña pistola parecía flotar bajo aquel rostro, surgiendo de las mismas entrañas de la noche.

—No hace falta que te lo jure —musitó ella—. A su tío lo maté yo. Y a ti intenté también eliminarte.

—¿A mí? ¿Por... por qué?

—Yo era el siquiatra que atendía a Lionel en el manicomio —dijo Greta con voz helada—. Me di cuenta de que podía heredar una gran fortuna y de las posibilidades que ofrecía un hombre como él —en realidad un niño en mis manos— si yo me las ingeniaba para que le diesen como curado y le devolvieran la libertad. Nos casaríamos, él terminaría asesinando a toda su familia, consistente solo en dos personas, y heredaría una colosal fortuna. Claro que en realidad la heredaría yo, su esposa. No me hubiera costado nada casarme y ser feliz con él un par de años, antes... antes de que todo empezase a suceder. Pero en uno de sus viajes, antes de la boda, surgiste tú...

Marta se dio cuenta, con horror, de todo el odio, de todo el secreto despecho, de todo el dolor corrompido que palpitaba en las sencillas palabras de aquella mujer.

Intentó comprenderlo, pero no pudo.

Otra vez la pena, una pena infinita, la dominaba.

—No quiero ser un estorbo —musitó—. Yo... yo me iré.

—Tú fuiste un estorbo, aun sin quererlo, desde el primer momento. Cambiaste a Lionel. Hiciste de él un hombre normal durante largo tiempo. Después de nuestra ruptura, después de convencerme de que no podía apartarle de ti, me dediqué a vigilarle durante largo tiempo. Debía tener

paciencia. Poco a poco la idea del crimen volvería a él, y entonces habría llegado mi momento. Leí que había sido procesado por atropello y comprendí entonces que el accidente no era casual. Él necesitaba matar. Entonces fue cuando te vine a ver, cuando recordé las posibilidades que ofrecía aquella casa, con el pasadizo directo al cementerio... Y cuando todo empezó.

—Pero... Pero tú has matado... Tú...

—Me convenía hacerlo —dijo ella fríamente—. Lionel ya tenía la policía encima. Si yo eliminaba a su familia, lo acusarían a él y lo encerrarían para siempre, pero sin poder evitar, naturalmente, que su inocente esposa administrara la fortuita heredada. Y ser inocente esposa, habiendo muerto tú, no me costaba nada. Por eso lo hice.

Marta sentía que se ahogaba. Estaba a punto de caer a tierra. No podía respirar.

El miedo y el asombro volvían a ser más fuertes que ella misma.

—Entonces ahora solo me... matará a mí...

—Por supuesto. Y será Lionel quien confiese haberlo hecho. ¿De acuerdo, Lionel? Porque de lo contrario te darán otra vez aquellas duchas heladas. Te encerrarán en la celda donde no podías moverte... Obedeciéndome, en cambio, yo te cuidaré... Te cuidaré como antes...

Lionel tembló.

Una luz se encendía y se apagaba en su cerebro. Un secreto horror iba y venía, iba y venía...

De pronto en ese cerebro, durante unos segundos, se hizo una espantosa claridad. Su garganta lanzó un aullido.

—¡Nooo!

Fue a sacar su pistola, pero Greta disparó antes. Tiró una sola vez, rabiosamente, mientras al fondo, a lo lejos, sonaba la voz de un hombre:

—¡Entregue esa arma! ¡No sea loca! ¡No dispare más!

Marta reconoció la voz de Cliff.

Rabiosamente, Greta se volvió. Fue a disparar hacia el hombre que avanzaba desarmado hacia ella. Apretó los ojos, mientras cerraba el dedo sobre el gatillo.

Una detonación la hizo estremecerse.

Otra...

Otra...

Lionel, desde el suelo, con sus últimas fuerzas, disparaba contra ella. Una mueca amarga curvó entonces sus labios, cuando hubo agotado la última bala del cargador. Un silencio espantoso se hizo en torno de ellos, el silencio espantoso de los muertos.

Cuando Cliff llegó hasta Marta, esta se arrojó en sus brazos, gimiendo espasmódicamente.

Cliff trató de consolarla. Sabía que lo lograría con el tiempo. Sabía que

aquella muchacha necesitaba amistad, amor, deseos de vivir... Y se dijo que la felicidad también puede empezar, aunque parezca extraño, en el mismísimo cementerio de Brooklin.

FIN

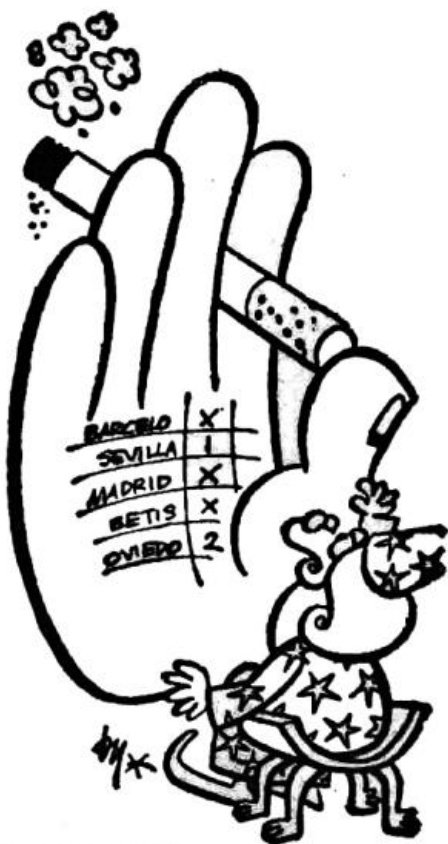
LA QUIROMANCIA

¿Es la quiromancia un vulgar truco de gitanos?

¿Qué opina usted?

¿Conoce sus fundamentos, sus verdades y sus mentiras?

Tienda la mano. Tome este libro. Vamos a verlo.



**MARABU
ZAS**





TRAFICANTES DE BICARBONATO

por

VIC LOGAN

—...Le daré mi tarjeta.

Y solté mi primer directo que alcanzó a Joey en medio del mentón.

El tipo, como una roca, aguantó impertérrito y hasta me pareció que sonreía. Pero su sonrisa tenía mucho de bestial.

—Voy a demolerle... —silabeó.

Avanzó como una mole.

Afortunadamente el judo tiene recursos para todo.

Esquivé. Le hice morder el polvo con una simple zancadilla. Lo que no había podido la fuerza bruta lo consiguió la habilidad.

Cuando trató de incorporarse, mis rodillas dieron en sus costados, luego un par de buenos golpes en la nuca acabaron con la resistencia de la mole.

TRAFICANTES DE BICARBONATO

por VIC LOGAN

¡Recuerde este título!

¡No deje de adquirirlo la próxima semana!

fans...



6 pesetas todas las semanas
La revista de la canción

es fans...tástica



EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain



VETERANO
tiene
ESO...



epsa

un **VETERANO** SABOR!...

OSBORNE *Fundada en 1772*
